F. A. SUBERCASEAUX

MEMORIAS

DE LA

CAMPAÑA A VILLA-RICA

1882-1883

SANTIAGO.

IMP. DE LA LIBRERIA AMERICANA DE CARLOS 2.° LATHROP.
AHUMADA 37 A.

1888

DEDICATORIA

AL SEÑOR DON JOSÉ MANUEL BALMACEDA.

Dedica éstas pájinas, como testimonio de consideración i afecto:

EL AUTOR.

Octubre de 1883.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

UNA PALABRA

Con el título interesante i casi romántico de la *Campaña de Villa-Rica*, es decir, de la ciudad de las proezas antiguas i de los ensueños de cada dia, ha escrito un ameno libro un jóven poeta i soldado que no es un desconocido en el mundo de las letras.

El señor Francisco A. Subercaseaux, cuyas poesías juveniles habian deleitado mas de un oido por la suavidad de su armonía i la melancólica modulacion de su estro, despues de haber hecho las campañas de la patria en el estranjero, batiéndose en Ate, Chorrillos i Miraflores, como ayudante de campo del bravo coronel Barbosa, ha querido completar su obra patriótica asistiendo a la final campaña de la dominacion chilena en los campos que inmortalizó Ercilla con sus cantos.

En una série de episodios, que aunque no han sido todavía coleccionados, el público recibió con marcada simpatía, el señor Subercaseaux dió a conocer su participacion en los encuentros i batallas del Perú, i ahora, estimulado por la benevolencia de la acojida que estas publicaciones fragmaterias, encontraron en el ánimo nacional, ha querido ofrecer a sus compatriotas el fruto de sus observaciones i de su personal esperiencia en las comarcas incultas todavía que la civilizacion va

INTRODUCCION

Nuestro hermoso pais, inesperadamente engrandecido con las repetidas i brillantes victorias de sus improvisadas lejiones en las rudas campañas contra la Alianza Perú-Boliviana, necesitaba solucionar debidamente el arduo i, por largos años, acariciado problema de pacificar la que habia sido indomable Araucania.

Confiada tan delicadísima misión al coronel don Gregorio Urrutia, uno de los jefes mas conocidos i prestijiosos i que habia empleado una buena parte de su carrera militar en aquellos salvajes sitios, bastóle algunos meses de pacífica aunque fatigosa labor, para dar honrosa cima a su importante cometido, en el cual ha sido secundado por el robusto empeño de la laboriosa división que con tal objeto se le destinara.

Testigos de los grandes trabajos realizados, del empeño, intelijencia e inquebrantable fé de todos, nos es grato consignar en estas leves pájinas destinadas a recordar tan notable acontecimiento, nuestra admiración i gratitud como chilenos por la grande obra llevada a cabo, sin pérdida de vidas i dejando entre la jente araucana, la mejor impresión, lo que asegura para siempre la quietud tan necesaria al adelanto de las nuevas poblaciones, convertidas ya en animados centros de comercio i de industria.

El ejército de la Frontera ha llenado lucidamente su

tarea; toca ahora a los lejisladores imprimir el debido impulso a aquel extenso i valioso territorio, dictando las leyes del caso para su división, i cruzando sus bosques i llanuras con las distintas líneas férreas que necesita i que su importancia reclama con urjencia.

La configuración del terreno felizmente no ofrecerá grandes dificultades, i como las maderas son abundantes i su calidad es conocidamente inmejorable, el erario nacional podrá ejecutar aquellas obras sin crecidos desembolsos, pudiendo emplear para ello las mismas tropas que le sirven de custodia: entre los soldados de los batallones 9.° de línea, Angol, Arauco, Ñuble i Bio-Bio se encuentran numerosos i competentes obreros como lo demuestran los cómodos i elegantes edificios construidos, los sólidos puentes tendidos sobre los esteros i pantanos, i la apertura de difíciles i prolongadas sendas en las boscosas selvas, notables trabajos en los cuales han sido constantemente vijilados i dirijidos por sus jefes i oficiales. Habiendo estudiado con interés el carácter de los indíjenas i sus tendencias, creemos no equivocarnos al pensar que una de las maneras de afianzar la conquista, seria la civilización de la masa indíjena: no solamente en escuelas donde se les enseñe a leer i demás rudimentos elementales de la educación, sino fundando escuelas-talleres: ello es fácil, puesto que en los fuertes i pueblos se ejecutan constantemente numerosos i variados trabajos de carpintería, albañilería i herrería.

Llévense a ellas a los jóvenes de 12 a 20 años; i puestos bajo la dirección de los jefes de las respectivas plazas; dándoles la mantención i el vestuario, lo que no ofrecerá crecidos gastos, i viendo primero trabajar, para

después empezar a hacer lo mismo, insensiblemente al fin de algun tiempo, serán los néofitos otros tantos obreros, que repartidos en sus reducciones, llevarán hábitos de trabajo i la conciencia de sus ventajas para infundirlas en los demás.

La precoz intelijencia i la robustez de los indíjenas son prendas seguras de buen éxito.

Hemos visto muchos indios convertidos en excelentes plateros, enseñados naturalmente por algunos obreros que desde tiempo atrás se internaron a la tierra viviendo hasta la fecha entre ellos en la mejor armonía. Los caciques que diariamente visitan los trabajos que se llevan a cabo, i que están palpando sus ventajas, serian los primeros en mandar a los suyos. Prueba esto lo que pasó con uno de los caciques mas soberbios, Epulef de la Villa-Rica tan díscolo al principio i despues solicitando del coronel Urrutia se le hiciera construir una casa de madera para abandonar su pajiza i malsana ruca, algunos tambien acudían para que se les hicieran fabricar cajas para guardar sus ajuares, i mesas i bancos para el uso doméstico. Caciques hai como Painevilu, de Maquegua, que vive en conformidad con las exijencias de la civilización lo mismo Ambrosio Paillalef de Pitrufquen i otros que viven cerca de los pueblos o los han visitado.

En cuanto a atender a la educación de las mujeres hemos visto que los indios ceden gustosos sus hijos cuando los misioneros se encargan de ellos, asi en los centros mas poblados, como Temuco, que está en medio de las numerosas reducciones de Maquegua i Boroa, se podian establecer escuelas para niños de

ambos sexos, puestas a cargo de piadosos sacerdotes i de abnegadas hermanas de la caridad.

Dótese a las escuelas de una pequeña extención de terreno para que los alumnos ejecuten los primeros trabajos de la agricultura i a las niñas enséñeseles el tejido, costuras, lavanderia i en pocos años se habrá cimentado de un modo sólido el porvenir de tan simpática como entendida raza.

Preciso seria que las escuelas fuesen internados, los cuales demandarian pocos gastos, atendiendo a que los mismos alumnos, se dedicarian al cultivo de pequeños lotes de tierras para su subsistencia. Las mujeres en poco tiempo empesarian a vestirse con sus propias obras, marchando si con la lentitud necesaria a fin de no arrebatarles de un golpe, su peculiar manera de vestir i sus costumbres a las cuales són mui apegadas, gustos i preocupaciones que poco a poco irian desapareciendo convencidas de las comodidades que ofrece el uso de ciertas prendas, que hoi miran como impropias i ridículas, ya el coronel Urrutia empezó, repartiendo algunos objetos como lienzos para camisas i demas utensilios para su confección, habiendo visto a muchas indias contentas i reconocidas, i algunos indios ir en busca de Charahuillas, calzoncillos i pantalones, con el objeto de imitar a los huincas.

Para muchos, éstas sencillas consideraciones parecerán talvez insuficientes para obtener los resultados que se esperan, pero los que tal pueden pensar; variarian de seguro si hubiesen vivido un corto tiempo en aquellos lugares.

Los indios no obstante su proverbial fiereza son dóciles i sumisos cuando son tratados paternal i bonda-

dosamente, sin ser jamás engañados aun en lo mas insignificante, pues desdeñan i desestiman a las personas aquienes pillan en alguna *coila*, mentira, a pesar de que ellos las echan por cargas; i haciéndoles siempre imparcial i pronta justicia: de ahí la grande estimación i el profundo respeto que tienen por el coronel Urrutia; quien no solamente los ha tratado como a hijos sino que ha llegado hasta convertirse en su aviador, prestando a algunos, bueyes por cierto tiempo, para el cultivo de sus tierras i haciendo desembolsos de su propio peculio a fin de mantenerlos contentos i confiados.

No seria extraño que el dia ménos pensado hubiese algun alzamiento, pero seria sin grandes consecuencias i vendria a probarles la inutilidad absoluta de tales intentos: puesto que no es posible en tan poco tiempo, someter a todos i es natural de que algunos descontentos hayan, pero la mayoria de la raza, se mantendria tranquila. Caciques como Reumay i Namuncura de los mas guerreros i pertinaces, están sometidos i los hemos visto solicitar se les admita a sus primojénitos para su educación, prestándose gustosos a que fueran trasportados a Santiago con tal objeto: con mayor razón consentirian en enviarlos a las escuelas que se fundasen cerca de ellos, en donde podrian visitarlos continuamente sin gastos ni sacrificios.

Lo mas importante i difícil está en la elección del que ha de mandar el territorio, ya que el coronel Urrutia, desgraciadamente hizo como se sabe formal e irrevocable renuncia de su laborioso puesto de jefe de la Frontera, despues de terminar la pacificación de la Araucania, hecho el mas notable, entre los muchos rea-

lizados para gloria i honra de Chile en estos últimos tiempos, tan fecundos en bienes reales i positivos.

I que el primer majistrado de la nación llama en su discurso de apertura del Congreso: en justicieras frases. "acontecimiento tan importante para nuestra vida política i social, i de tanta significación para el porvenir de la República, llevado a término con felicidad i sin costosos i dolorosos sacrificios. La Araucanía, agrega, entera se halla sometida, mas que al poder material, al poder moral i civilizador de la República; en estos momentos, se levantan poblaciones importantes, destinadas a ser centros mercantiles e industriales de mucha consideración en medio de selvas vírjenes i campiñas desconocidas, que eran hasta ayer el santuario impenetrable de la altivez e independencia Araucana."

Hemos consignado tan importante párrafo del discurso presidencial, por cuanto el servirá de justo timbre de satisfación i orgullo para las tropas que tan notables ventajas obtuvieron i que han sido calorosamente encomiadas por el jefe de la nación.

Los campos Araucanos, són en jeneral de ménos que regular calidad pero hai extensas zonas de un gran valor principalmente las que rodean a la Imperial, Maquegua i Boroa i las de la ribera norte del Allipen.

Siendo notables los terrenos que comprenden los grandes i pastosos llanos de Quilapan, al sur del Traiguen, donde empiezan, i en cuyos feraces suelos va a establecerse la colonia Vasca: agua en abundancia, cercanos a una adelantada población i con regulares bosques, ofrecen los elementos necesarios de prosperidad i de trabajo.

Hasta su perspectiva es soberbia: hácia la cordillera se levantan como inmóviles centinelas que vijilan la llanura, envueltos en sus blancas túnicas, al aire el plomizo penacho de sus brillantes cimeras, los volcanes Lanin, Villa-rica, Quetropillan, Llaima i Lonquimay i los soberbios picachos del Tolhuai, Callaque, Sierra-Velluda i Antuco.

Hácia la costa, una oscura masa de tupidos i jigantescos bosques, cuyas caprichosas frondas ondulan impedidas por el viento, semejando las oscuras olas del Océano; i donde empieza la feraz llanura, el pueblo de Traiguen con sus numerosas casas, sus fábricas e importante comercio de nacionales i extranjeros, i en el horizonte diseñándose los blancos techos de la nueva línea de fuertes que asegura la tranquilidad i el bienestar de los colonos que lleguen. La división del territorio conquistado es sin duda la parte mas árdua: los indios poseen mas terrenos, como es natural, que el que pueden atender, i a fin de no hacerles sentir de una manera ruda el despojo, que a exijencias de la civilización i de su propio bienestar se les hace, tendrá que efectuarse, despues de detenidos estudios, no solamente del terreno sino del carácter i costumbres de sus actuales dueños.

Señalar a cada cacique el terreno que pueda cultivar, lo mismo a sus mocetones, procurando atraerlos a las inmediaciones de los fuertes i de las poblaciones, seria de notoria eficacia, i ayudándolos para que levanten sus viviendas, dándoles las maderas labradas, que la tropa arreglaria, prestándoles unas pocas yuntas de bueyes para el cultivo de las tierras en los primeros tiempos, lo que aunque demandaria grandes gas-

tos, no es menos cierto que traeria exelentes resultados, además que una yunta de bueyes serviria a diferentes familias, desde que siembran poco i podrian enseñar los propios animales, teniendo la base para su adiestramiento.

La población indíjena es con mucho mayor que la que se ha creido, el coronel Urrutia la hacía subir a 30,000 almas en una de sus memorias, pero a él mismo hemos oido opinar de distinta manera, despues de haber recorrido casi en su totalidad el territorio: no creemos exajerado el hacer fluctuar entre 50 i 60,000 el número de habitantes de la Araucania: habiendo unos diez i ocho mil de lanza, aunque por la disposición de las viviendas apartadas unas de las otras, como por la extención del territorio que hoi ocupan, parecerá exajerada la cifra apuntada, no lo es cuando uno se acerca a cualquiera ruca i ve salir un enjambre de niños, como en una ocasión contamos dieziocho chicos en una pobrísima habitación donde al acercarnos parecia no vivir persona alguna; el mayor de los chicuelos tendria doce años i el menor horas talvez, a juzgar por su porte.

I así en jeneral las rucas están atestadas de niños, lo que es perfectamente lójico, desde que cada varón contrae matrimonio con cuantas mujeres quiere, i como veremos en adelante es una rarísima excepción el tener una sola esposa, por lo comun tienen tres o cuatro i hasta por docenas.

Ojalá estas lijeras i brevísimas consideraciones pudieran servir en algo para todo aquello que se relaciona con el territorio indíjena: que en cuanto a nosotros

no abrigamos otro propósito que el de ser útiles, divulgando los pocos conocimientos adquiridos durante algunos meses de campaña: en la rica i hermosa Araucania.

F. A. SUBERCASEAUX.

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPÍTULO I

Angol.—Sus primeros defensores, Poblacion, Villa-alegre—Los huérfanos de los héroes.—Las líneas de fuertes.—Asaltos de los indios, astucias, ovejas i leones.—La expedicion Urrutia, sus fuerzas.—Ambulancias.—El paso al traves de las montañas.—Sistema de tratamiento adoptado por Urrutia, los lenguaraces, el Sobado.—Tranquilidad de la araucania i sus causas, las emboscadas, Perquenco.—Menchiqueo Melin.—La reduccion de Quiñinao Monti.—A orillas del Tolten

Sobre parte de las ruinas de la que fué ciudad de *Encol*, i que en los tiempos de la conquista, defendida por Hernando Vallejo, Tomas Durán, Juan Rodolfo Lisperguer i Alvaro Nuñez de Pineda vió a veces coronados con el triunfo, los titánicos esfuerzos de sus alentados defensores, se levanta hoi el nuevo Angol, fundado por el jeneral don Cornelio Saavedra en en el año de 1862.

Rodeado por las montañas de Nahuelbuta, que le forman pintoresca cintura con sus oscuros bosques, se extiende por el norte hasta la quebrada de Pochochingue i por el sur la divide de la línea férrea, el Picoiquen, que bajo su elegante i sólido puente, cuya construcción fué dirijida entre otros injenieros por el comandante

don Baldomero Dublé Almeida, se le une el Reilhue que nace en las sierras de Quecheregua. La parte del pueblo, situada entre el Picoiquen i la línea del ferrocarril, denomínase Villa-alegre, sobre una colina se levanta el hospital debido a la jenerosidad del opulento vecino i banquero don José Bunster. Angol es una bonita ciudad, con sus anchas calles perfectamente rectas; tiene un espacioso cuartel para la infantería i caballería que dá frente a la plaza, sombreada por cuatro hermosas avenidas, posee dos escuelas fiscales i otra particular dirijida por el conocido caballero don Belisario Aravena, que abren a la numerosa juventud un honroso porvenir.

El comercio es abundante i mui concurrido, hai igualmente una maestranza con un buen número de intelijentes obreros; un excelente hotel cuyo dueño es el señor Jacobs, ofrece a los viajeros grandes comodidades.

Angol, fundado por militares, cuenta entre sus moradores un buen número de distinguidas familias, allí en la dulce tranqilidad de sus hogares, algunas nobles almas, lloran la pérdida del esposo que cayera defendiendo el honor de sus banderas en los sangrientos campos de la última guerra.

Hoi aromatizan con el santo perfume de las

lágrimas, los felices recuerdos de mejores dias, deslizados en esos mismos sitios!

En esa primera i ruda escuela de nuestro ejército crecerán los herederos de Dublé, Marchán, Urrutia i otros, que acaso continuarán mas tarde por la senda del deber, bravamente cuplido i coronado por el sacrificio que les marcaron sus padres.

Esos pequeños seres, hoi llevan sobre sus débiles hombros la pesada pero envidiable herencia de la gloria: sus virtuosas madres los guiarán con la infinita ternura del mas puro i desinteresado de los cariños, por el oscuro camino de la vida, que para ellos alumbrará la luz inmortal de los hechos de sus mayores. Tambien reposan en ese pueblo algunos bravos soldados, que como el coronel don Demofilo Fuenzalida, despues de la gloriosa tarea de dar victorias a su Patria, deja en la quietud de la familia, cicatrizar las heridas que recibiera en Miraflores al frente de su rejimiento.

Fuenzalida herido al empezar aquella cruenta jornada, no abandonó las animosas filas del Santiago, hasta que las sombras de la noche pusieron fin a la batalla, solo entónces ese admirable i robusto soldado retiróse a restañar la noble sangre, que impasible viera correr durante las largas i penosas horas de la lucha.

Cuatro líneas de fuertes aseguran la anhelada conquista de extensos i feraces campos.

En primer término, la del Malleco, con los fuertes de Angol, Huequen, Cancura, Lolenco, Chiguaihue, Mariluan, Collipulli, Perasco, Renaico i Curaco; i al sur del Malleco los destacamenco de Ñupanqui, Quecheregua i los Sauces.

En seguida viene la línea del Traiguen con los fuertes de Puren, Lumaco, Traiguen, Lencol i Victoria, sirviendo de intermedio entre esta línea i el Cautin, los de Quino, Quillen, Galvarino, Cholchol i al poniente Carahue, Imperial, Pillanlelbun, Lautaro, Temuco i Cura-Cautin; la tercera i última, que es la de Tolten, está formada por el fuerte del mismo nombre, i los de Freire, Cumco, Villarica, Pucon, Paillin i Meuquen.

Los fuertes són en jeneral de elegante i lijera construcción, rodeados por anchos fosos, resguardados sus flancos por fuertes estacadas i casi siempre a orillas de algun rio, son inexpunables como lo han probado siempre, i ofrecen cómodo i seguro abrigo para sus guarniciones.

Desde que se establecieron las líneas de la frontera, no ha ocurrido un solo caso en que algun fuerte haya cedido a la impetuosa bravura de sus asaltantes, no obstante el nùmero redu-

cido de sus defensores; en los primeros dias del mes de noviembre del año próximo pasado, fueron simultáneamente sitiados por grandes i compactas masas de indios, los fuertes de Lumaco, Ñelol i Temuco, prolongándose los sitios hasta cinco dias.

Los araucanos que son extremadamente astutos, desconfiando del éxito sobre Ñelol, que defendia el alentado capitan don J. A. Arce V. con 118 soldados del Bio-Bio i 15 Carabineros de Angol, combinaron un ataque durante la noche, que era lóbrega i tempestuosa, i pretendiendo pasar por honrados comerciantes que volvian de comprar ganado lanar, vistiéronse de blanco i tomando la actitud de las ovejas, rodearon sijilosamente al fuerte, el centinela dió el *quien vive* i como respondiesen con voz que hiriera de una manera desagradable i sospechosa a sus oidos, disparó su rifle, la tropa acudió en el acto a las estacadas i un nutridísimo fuego hizo comprender a los indios que no era fácil tarea, a pesar de tanta astucia, engañar a soldados que aun reposando permanecen siempre alertas i decididos. El sitio continuó desde el 5, hasta el dia en el cual tuvieron a bien retirarse completamente desechos, no habiendo alcanzado a transformarse con la debida oportunidad, en una altiva jauría de leones, el manso rebaño,

de ovejas, i que cón tán pacíficas miras se acercara al fuerte, conducido por campechanos i conocidos comerciantes. Los indios cuando atacaban durante el dia lo efectuaban en perfecto órden i por columnas sucesivas; la primera línea la formaban los de lanza mas corta, dejando el claro necesario entre las hileras para que una segunda fila avanzara con las lanzas mas largas, oportunamente al asalto, en medio del proverbial i fiero chivateo; entre tanto otra fila se adelantaba provista de esteras de quilas, que arrojaban sobre los fosos, para facilitar el acceso a las estacadas.

La expedición que al mando inmediato del jefe de la frontera, coronel don Gregorio Urrutia, que tan gloriosa pájina conquistó para su lucida carrera, en las últimas batallas de San Juán, Chorrillos i Miraflores, como jefe del Estado Mayor de la división Linch, partió de Angol el 20 de noviembre, para acampar 39 dias despues al frente de Villa-rica, se componia de 800 hombres de las tres armas, habiendo dejado diversos destacamentos en los fuertes, llegando a las orillas del Tolten con 300 hombres del batallón Angol al mando del coronel don Alejandro Larenas i 70 carabineros a las órdenes del mayor Muñoz Vargas i 25 artille-

ros con dos piezas de montaña de a 4 i una ametralladora sistema Remington.

El Estado Mayor a cargo del 1.° ayudante secretario, teniente coronel D. Modesto Ruminot, se componía de siete ayudantes, que lo eran el mayor Manuel Romero, i capitanes Larrain, Lavin, i tenientes Sarratea, Arce, Muñoz, i Urizar, acompañaba a las fuerzas expedicionarias una pequeña ambulancia a cargo del antiguo i animoso cirujano 1.° del 2.° de línea en la cruenta jornada de Tarapacá, don Juan Kidd, hábil i distinguido caballero inglés, que hace algunos años fué contratado por el gobierno i que ha hecho de Chile su segunda patria; como completando la entusiasta hueste, que llevaba la nobilísima misión de pacificar aquellos salvajes campos, seguia un numeroso convoi de carretas sobre muchas de las cuales veíanse unas 150 mujeres, siete de las cuales tuvieron feliz aunque prematuro alumbramiento bajo las bóvedas de frescas hojas que ofrecianles las majestuosas montañas de altos i robustos robles. Las fuerzas atravesaron largas i penosas distancias sin grandes inconvenientes, habiendo sido los indios sus mejores auxiliares i guias. Los soldados formando pabellones de sus armas, empuñaron las herramientas del trabajo i las espe-

sas selvas de Rucañanco, Millalighen i Allipen, cedieron el paso franco al empuje de sus ájiles i fornidos brazos. El augusto silencio de los bosques donde todo parecia dormitar, pues ni las aves turbaban con sus sonoros i bulliciosos trínos tan absoluta tranquilidad, fué despertado, no por el tremendo tronar de las armas, sino por el seco i acompasado golpear del hacha en los añosos árboles.

Para abrir caminos, que en jeneral són tortuosos i difíciles, unas veces se siguió la estrecha huella de los indios, otras, colocando un corneta a cierta distancia; guiándose las ájiles cuadrillas de fuertes hacheros por sus penetrantes sonidos. Así es que, entre las muchas novedades de aquella provechosa campaña el clarin, reemplazó con señalada ventaja al *teodolito*.

Los araucanos mostráronse casi siempre complacientes, gracias al sistema adoptado por el coronel Urrutia, quien los ha tratado paternalmente, oyendo a todas horas sus interminables relatos, con resignada i ejemplar paciencia, pagándoles algunos perjuicios i haciéndoles obsequios de aquellos objetos que como las vistosas telas, tienen entre ellos grán merecimiento, i ejerciendo pronta justicia i, a la vez que bondadosa, escrupulosamente extricta.

Un lenguaraz prestaba buenos servicios a la expedición. En efecto, el *Doctor Mera*, que ha pasado grán parte de su vida entre los araucanos, transmitia las palabras con admirable desenvoltura, manejando el *Mapuchi* mejor quizás que el propio idioma, el oficio de lenguaraz ha sido siempre provechoso, pues los indios siempre los obsequian; así, no es extraño saber que un capitán de amigos, que gana 20, a 25 pesos mensualmente, tenga haciendas por valor de treinta i mas miles de pesos.

Al pasar por el nuevo fuerte Freire tuvimos oportunidad de presenciar una sesión de juzgamiento al aire libre, como en los primitivos tiempos.

Un natural se querellaba ante el intelijente Mayor del Ñuble Don Luis Enrique Gomez, jefe del fuerte, de haberle sido maloqueado un buei por un vecino i a pesar de haber recobrado su animal, venía a entablar demanda sobre la cuantia del *sobado*, que es la multa que paga el ladrón por el robo cometido, jeneralmente restituye el animal robado, unido a uno o dos mas, yendo a dejarlos a su dueño.

Esa vez el maloqueado rehusó con gallarda altivez, un par de espuelas, otro de estribos i un freno, todo de plata.

Cuando no poseen animales para acompañar

al robado, dán cuantas prendas són necesarias para equiparar el valor del *Sobado.*

No habiéndole sido posible al mayor Gomez, concluir el litijio, se retiraron los querellantes quedando en volver dias despues.

Uno de los indios desconfiando del *lengua*, manifestó el propósito de traer uno, la próxima vez que debieran comparecer.

Los lenguaraces suelen sufrir sérios percances, como en épocas pasadas sucedió a un soldado de un cuerpo de línea; en aquellos buenos tiempos, los indios cambiaban vacunos por prendas del vestuario a las cuales eran mui aficionados.

Un dia llegó a uno de los fuertes un cacique conduciendo una corpulenta i valiosa vaca, el comandante de la fuerza, no encontrando *lengua* a mano preguntó a su tropa que rodeaba en ese momento al cacique, si habria alguno que entendiese el *Mapuchi*, un muchacho de los mas listos se adelantó i cuadrándose exclamó: "yó mi comandante" i dirijiéndose al indio con todo aplomo le dijo:

—*Dicei mi comandantei que te dei por la vaquei, un levitei, pantalonei i chaleqaei.*

El *natural* quedó todo confuso con el Mapuchi de tan extraña invención, pero el coman-

dante con rapidez i naturalidad replicó: *a ver un cabei que apliquei a ese soldadei 25 palei*

Cloncluyendo el negocio con los 25 varillazos mandados eficazmente aplicar al soldado por su truhanería en *pasar las palabras.*

La grán tranquilidad en que se hallaba la araucania ofreció a la expedición la notable ventaja de efectuar las marchas con algunas comodidades, libres de emboscadas que tán frecuentes eran en años anteriores. Los indíjenas ván comprendiendo las ventajas del trabajo i de la civilización. Los nuevos i adelantados pueblos de Traiguen i Temuco, ofrecen buenas escuelas para sus hijos, sobre todo la de este último, rejentada por el jóven ex-normalista, Neculman, hijo de un opulento cacique de los alrededores, a la cual asisten 45 niños, de los cuales la mitad són indíjenas.

El bondadoso tratamiento que reciben de los jefes, oficiales i de la tropa, i la imparcial i rápida justicia que hace administrar el coronel Urrutia hán vuelto la tranquilidad a los ánimos siempre recelosos i creado en ellos, habitos de trabajo de que carecian por completo.

Las poblaciones están diseminadas en ricos i extensos campos, de distancia en distancia se divisan algunas *rucas* siempre aisladas i escondidas en los bosques, nunca se encuentra

ni el menor indicio de la planta de un pueblo ni de un caserío; donde hai mayor número de rucas es entre Temuco i el rio Quepe, de vez en cuando se vé cruzar por los claros que dejan las selvas, alguno que otro indio majestuosamente sentado sobre brioso potro, siempre jóven i de color, al aire tendido el rojo *trarilonco* que oprime la rebelde i desgreñada cabellera.

El trarilonco es el sombrero primitivo, que usan los hombres, compuesto de una faja de lana lacre, las mujeres enroscan a sus trenzas una larga huincha de lana celeste claveteada cón plata, dejando ver en sus extremos las puntas de sus cabellos; los pequeñuelos usan fuertes hebras de enredaderas silvestres, que tán hermosas se ven colgar de los árboles por todas partes.

Los indios son corteses i grandemente aficionados a dar la mano, no la estrechan como entre nosotros, sino que la pasan recta como si fuera una espada, frotando lijeramente las palmas; donde sale un cacique cón sus numerosos mocetones, hai que resolverse a sentir el contacto poco tranquilizador de manos que casi siempre ha invadido la sarna.

Los naturales no cesan de encomiar las composturas hechas en los caminos, para ellos tienen hoi la incontestable ventaja de evitar

BIBLIOTECA NACIONAL

les el caer de sus *cahuellos* al volver de las fiestas, tienen como se vé el cariñoso egoismo de sus personas, que por lo demás cuidan bien poco.

Muchos de los montuosos senderos, tán a propósito para los asaltos hán desaparecido bajo la acción del fuego, como el célebre paso de Perquenco en donde no hace mucho tiempo rindió la vida el soberbio Menchiqueo Melin, quien apostado en ese sitio con 3000 indios, atacó a dos convoyes escoltados por tropas del Maule i Carabineros, i donde fué muerto a sable por un sarjento que viéndolo caer herido i refujiarse en el monte, lo siguió.

En ese encuentro murieron 14 soldados i dos carabineros. Perquenco está situado en las inmediaciones de la reducción de Quiñinao Monti, entre los fuertes de Quino i Quillen, en donde los nuestros, abrumados por el número se replegaron, algunas mujeres perecieron también en ese asalto, empero una se salvó, merced a la peregrina ocurrencia que tuviese de esconderse bajo de un fondo, que servia para cocinar el rancho de la tropa i desde tán cómodo escondite animaba a los nuestros, cón voz que para los soldados parecia salir de los entrañas de la tierra.

El 29 de diciembre la expedición lista para

cruzar el caudaloso rio Toltén, impaciente esperaba la terminación de la lancha que debia llevarla a la deseada orilla, desde donde se veia el volcán Villa-rica coronado de nieve hasta su cráter, que soñoliento despedia algunas ráfagas de humo.

La ribera del Toltén fué la última etapa en aquella grán jornada de la civilización contra la barbarie, por tantos siglos indomable.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA CHILENA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO II.

El campamento; el llano de Putué.—La música i los araucanos.—El parlamento.—Discurso de Penchulef.—Aburto i Epulef.—La Canción Nacional.—Evoluciones de los indios.—Huilchao i Juan Collinao.—Los soldados del Angol.—El Tricuacu.—El volcán de Villarica.—Llegada de las tropas a las ruinas.—El estero de Rehuelhue.—Llegada de Epulef al campamento.—Su arenga heráldica.—Respuesta del coronel Urrútia.—Salvas.

Al caer de la tarde del dia 29 los laboriosos soldados del Angol lanzaron a la fuerte corriente del caudaloso Toltén la tercera lancha que construyeron durante la expedición, i que alguien baustizó con cariñoso entusiasmo, con el nombre de *Esperanza*, como un agradable recuerdo del pasado i una dulce promesa para el porvenir.

Al toque de la diana del siguiente dia empezó la tropa a salvar el rio i a las oraciones acampaba en la ribera sur, sobre el alegre llano de Putué, *campo de labranza.*

Esa tarde algunos indios llegaron al campamento atraidos por la música i escuchaban absortos pero severos, sus armoniosos acordes: era la primera vez que sus ecos repercutían

en aquellos silenciosos parajes, aunque los araucanos referian haber oido en medio del silencio de las tormentosas noches del invierno, las mismas armonías en las imponentes montañas que componen la que fué «rica i floreciente ciudad de Villarica.»

Probablemente los indíjenas en sus fantásticas imajinaciones confundieron con sonidos musicales el airado rujir del huracán entre los robles i laureles.

En las primeras horas de la madrugada del dia 31, la pampa de Putué se cubrió de indios a caballo, citados de antemano para celebrar un parlamento. Momentos después trescientos araucanos formados en dos líneas de batalla, llevando tres grandes banderas chilenas i algunas cornetas que sonaban atención, encontrábanse listos para abrir el parlamento.

El coronel Urrútia, seguido por sus oficiales i por la banda de música, tomaba asiento en medio del círculo que formaban los caciques i mocetones que se habían desmontado, i adelantábase gallardamente Penchulef de Putué, *carrera tendida*, Epulef de Villarica, *dos carreras* i Luis Aburto Aquiñancu, *águila que rie*, de Niquen.

Los lenguaraces Becerra, Meza i Novoa, éste

último indíjena, i hoi cabo de Carabineros de Angol, empezaron a *pasar la palabra.*

Penchulef estirando la mano repetia el consabido *Mari, mari peñi,* buen dia amigo, agregando, *qui me lei mí!* Estás mui bien!

Seguian la letania los mocetones saludando a jefes i oficiales. Penchulef habia saltado sobre su viejo caballo blanco, dejando arrimada la terrible lanza, abandonando su mujer, hijos, caballos i vacas para venir a saludar al *Señor Usía* i para saber cómo habia efectuado el viaje en compañía de sus oficiales, sarjentos i soldados i a protestar de sus buenos antecedentes i sanas intenciones para cón el *Señor Gobierno.*

El coronel Urrutia, hacía contestar a tan extraño discurso con idénticas protestas como representante del señor Gobierno, manifestándoles que su misión no era de guerra sinó civilizadora, que el señor Gobierno, no perseguia otro propósito que el propio bienestar i particularmente el de ellos.

Terminada la arenga de Penchulef avanzó Aquiñancu: éste era un hermoso i corpulento anciano vestido a la española, i su speech fué mas o ménos igual al anterior i por ende idéntica la respuesta.

Vuelto a su lugar Aburto, abrióse paso el arrogante Epulef, dueño de la arruinada ciu-

dad: su ruda pero intelijente fisonomía nos trajo a la memoria los altivos araucanos inmortalizados por el estro tan robusto como inspirado del poeta soldado, honra i prez, de la vieja España.

Epulef con tranquila enerjía i desembarazado ademán, hizo desfilar a sus ilustres abolengos i galantemente accedió a la petición que el coronel hiciera, de ocupar las ruinas coloniales.

Este les hizo saber que perteneciendo aquellas a nuestros antepasados, era obra de justicia i de reparación el que sus descendientes tomasen nuevamente posesión de ella para emprender la grán obra de su reconstrucción.

Esa lójica lo convenció i volvió a su puesto, tán orgulloso como saliera.

La banda rompió con la Canción Nacional i los indios a quienes se les hizo saber que esa era la canción guerrera del pais, ajitaron sus banderas i lanzando sonoros "Viva Chile", practicaron algunas grotescas, pero divertidas evoluciones al récio galopar de sus fogosos caballos.

Durante una hora aquella horda de bárbaros correteó, con la bulliciosa alegria de una bandada de niños escapados de las aulas, hasta que fatigados i jadeantes se retiraron al toque de sus cornetas, *tutucas*.

Hermoso era el expectáculo que ofrecian los concurrentes al solemne parlamento; en él no hubo discusiones estériles, cada cacique trajo su discurso preparado, de acuerdo con los habitantes de sus reducciones, los cuales de antemano aceptaban sus conclusiones i resultados.

Los indios vestian lujosos macuis i chamales, algunos, sombreros, pero los más, vistosos trariloncos.

Distinguíase por la espesísima i descomunal cabellera rizada, Huilchao, *arrebol*, indio bastante rico, i Juán Collinao, que en su chamal lucía los colores nacionales, llevando con saleroso garbo, al cinto una tizona, ante la cual, hubiera parecido un alfiler, la durandaina del injenioso hidalgo de la Mancha.

Los caballos venian enjaezados cón las mejores prendas, las cabezadas, *cafechatus*, riendas, *huitrantucuis*, i espuelas, *spuelas* eran de bruñida i lustrosa plata.

El comandante don Emilio Valverde, el impetuoso segundo del bravo cuanto infortunado Thomson, asistia a la fiesta con otros caballeros llegados de Valdivia para visitar las ruinas.

A las 7. 25 A. M. terminó el parlamento i fuerzas i convoi emprendian la marcha hácia la

codiciada Villarica, el experto mayor de injenieros don Manuel Romero, precedia a la expedición con algunas cuadrillas de soldados del Angol, quienes con robusto brazo abrian sendero, con las afiladas hachas, por medio de la gruesa montaña que se alzaba al paso, como para ocultar a la célebre ciudad.

Durante el trayecto, la única ave que cantaba entre los árboles era el *Thricauco*.

Los indíjenas que són exajeradamente supersticiosos, creen que yendo de marcha i cuando el thricauco, especie de buho, canta a la izquierda del camino que se sigue, éste se hace peligroso i en muchas ocasiones su monótono i fatídico canto haimpedido los malones; en cuanto al hermoso i elevado volcán de Villarica, mantúvose tranquilo sin arrojar humo, lo que para los araucanos fué un buen augurio; talvez a esto debióse la conformidad de aquellos para mirar impasibles la ocupación de las ruinas.

En la mitad de ese dia llegó nuestra vanguardia al anhelado término de la jornada, i el coronel Urrútia recorrió los alrededores, sirviendo como guia un hermano del cacique. Orillando la playa de la hermosa i tranquila laguna, llegó la comitiva al estero de Rehuelhue, en donde esperaban los indios en columna cerrada. Epulef hizo señas para que nos detuviéramos i

con ademán algo rústico hizo notificar al coronel, que ese era el límite de las ruinas i por consiguiente prohibia la pasada para adelante.

El coronel Urrútia cón resignada paciencia i dibujando en su tostado rostro su peculiar i maliciosa sonrisa, hizo contestar que estaba bién, pero que le permitiesen, en señal de cordial i buena amistad, acercarse un poco más cón el objeto de ver los campos, a lo cual accedieron abriendo las compactas filas. Franco ya el paso avanzamos llegando a un pequeño i pastoso llano, que les pidió el coronel a título de amigo i de hermano con el objeto de establecer un campamento. Despues de breves instantes de vacilación, el cacique dijo *sí*, fijando otro punto como línea divisoria i manifestando al propio tiempo la inquebrantable resolución de no ceder un pedazo más de terreno. Finjió Urrútia una estóica conformidad i volvió grupas con sus oficiales i Carabineros.

Al siguiente dia, primero del nuevo año, llegó mas airado que la víspera el arrogante Epulef.

Sin duda, la noche que trae siempre consejo, ajitando su volcánico cerebro, le hizo abandonar tan de madrugada su lejano aduar.

Fué recibido por el coronel, quién se hallaba instalado en el centro de un extenso patio cu-

bierto de canelos i de robles que a juzgar por sus escombros i dimensiones, parecia haber sido el recinto de un cuartel o el sitio de un convento.

Epulef, empezó su arenga diciendo: «que sus mayores, dueños de la ciudad, habian sido los mas esclarecidos patriotas, i pelearon por su suelo hasta vencer a los huincas; que sus hazañas i títulos estaban escritos en las hojas de un gran libro que le habia sido legado como timbre de gloria i de honor, pero que los calcús lo habian arrojado al fuego, consumiendo las llamas de ese modo su encumbrada prosapia i formalmente hacia saber al Señor Usía, como representante del Señor Gobierno, la resolución de no permitir que los soldados ni alma alguna salvase la línea que bondadosamente habia marcado el dia anterior.»

El coronel Urrútia, perdiendo sin duda la paciencia, o juzgando oportuno hacerles comprender que bajo sus suaves maneras i proverbial complacencia para cón ellos, abrigaba la firme resolución de tomar posesión de las ruinas sin condiciones, le dió la siguiente enérjica respuesta: «que, como representante i soldado del Gobierno de Chile, dueño absoluto de esos territorios, tomaria posesion de cuanto terreno juzgase necesario para realizar debidamente lo

buenos propósitos de aquél, i que estando en la propia tierra no aceptaba en manera alguna la línea fronteriza que le fijaba: que sus soldados, agregó, irian donde les pluguiese; si cometian algunas exacciones, lo que no esperaba, los haria castigar, averiguadas las faltas de que se les acusase; que él ampararia a los naturales como amigo i hermano, i por consiguiente nada tenian que temer.

Ese rasgo de altivez, pareció no gustar mucho a Epulef a juzgar por el temblor nervioso de sus piernas i por las rudas i rápidas transformaciones de su ceñudo rostro; quedó en silencio por un instante i sacudiendo la poderosa cabeza, rujió *está bien*, retirándose sin dar la mano, a lo cual son aficionados. Los mocetones siguiéronlo, notándose en todos ellos tanta sorpresa como silenciosa cólera.

El sol, abriéndose paso perezosamente a traves del espeso ramaje de la selva, vino a iluminar una escena conmovedora i grata.

El distinguido coronel Larenas, al frente de la digna oficialidad de su bizarro batallón Angol, acompañado de otros jefes i oficiales llegó a saludar al coronel Urrutia.

"En el primer dia del año, díjo el señor Larenas, vengo a nombre de la tropa expedicio-

naria i en el mio propio, a saludar al jefe que tán hábilmente ha llevado a buen término la ocupación de Villarica."

Urrutia, visiblemente conmovido, contestó: "agradezco sinceramente esta manifestación, pero soi yo quien debo felicitar a los señores jefes, oficiales i tropa por los grandes esfuerzos desplegados en esta campaña, terminada en el último dia del año que acaba de expirar, i que creo será tambien el postrero de la barbárie." La banda hizo oir los queridos acordes de la Canción Nacional, qué de pié en medio de los árboles, oian todos con relijioso respeto, i despues de esa franca i amistosa charla de los campamentos retiráronse a sus respectivas rucas.

El laborioso comandante Ruminot i demás compañeros del estado mayor, que habian quedado en la ribera del rio, dirijiendo las últimas operaciones de trasbordo de víveres i bagajes, enviaron su saludo al jefe, como asi mismo el comandante Muñoz Donoso, Mayor Vargas i oficiales de Carabineros de Angol, que hace dos años vienen prestando importantes servicios en la obra de la pacificación de aquellos territorios.

En celebración de tán fausto acontecimiento, se ordenó hacer una salva de honor, i el ilustrado capellán de la órden franciscana del Colejio de Chillán, frai Julián Rondini, ofició en acción

de gracias, a la vez que dirijióse un telegrama al Presidente de la República, como respetuoso saludo de año nuevo i comunicándole la noticia de la toma de la ciudad colonial, que era el último jirón de la barbárie prendido en uno de los mas apartados sitios del pais i sobre cuyas ruinas, obstruidas por una espesa e imponente selva se alzará mas tarde quizá una importante ciudad.

BIBLIOTECA NACIONAL

CAPITULO III.

Villarica, lo que es hoi.la ciudad colonial.—Las antiguas minas.—Topografía.—La laguna.—Una vieja tradición.—El volcán.—El Tolten.—Las nuevas calles.—Los escombros. Nihil sub sole novum.—La destrucción de Villarica.—Heroismos i peligros.—Una estratajema.—La situación de los defensores.—Horrores del hambre.—Lo que cuenta el padre Rosales.—Los últimos defensores.—Las mujeres españolas.—Muerte de Bastidas.—El último soldado de España.

La espesa montaña que forma aún la que fué floreciente ciudad, ha desaparecido en grán parte debido al vigoroso impulso de los soldados del Angol, convertidos en ájiles i fuertes hacheros.

Las ruinas casi borradas por la acción del tiempo, apenas indicaban su planta. Hállase situada sobre una suave meseta a la orilla de la laguna de su nombre. Sus campos són pobres i de ningún porvenir para la agricultura. En cuanto a sus famosas i decantadas minas hoi ocultas por el monte secular de sus cerros, pasarán muchos años antes que puedan ser descubiertas; los mineros que acompañaron a la expedición, volvieron luego a sus hogares con el desaliento en el alma, después de

penosas e inútiles excursiones por el áspero flanco de las cordilleras.

El comercio con la Arjentina, cuyo obligado tránsito es el boquete de Trancura, *valla de piedra*, no será bastante para dar vida a un pueblo tan apartado del centro, por la larga distancia de Villarica al boquete, veinte i tantas leguas, i la imposibilidad que ofrecen los rios de Pucong-peuco, que entra a la laguna, i el Toltén hasta cerca del puerto de Queule, para su canalización, dán pocas esperanzas de prosperidad a la nueva ciudad que sobre las ruinas empezó a levantar el coronel Urrutia.

Sólo un descubrimiento minero puede cambiar el dudoso porvenir de Villarica i aún en ese caso seria menester que la lei de los veneros fuese subida, 200 marcos al menos, para compensar los sacrificios de todo jénero que impondria su explotación.

El camino carretero que por órden del gobierno contrató el Intendente de Valdivia i que motivo fué de suposiciones tan exajeradas como destituidas de todo fundamento para ciertos órganos de la prensa, no será suficiente para dar el debido impulso i equiparar los costosos trabajos que demandará la reconstrucción de las ruinas coloniales.

La dilatada i mansa laguna que rodea a Vi-

llarica, i cuyas pequeñas olas ván a perderse lentamente en las blancas arenas de su playa, sombreada por el verde ramaje de los colihues i laureles, mide aproximadamente 25 kilómetros de largo por 15 de ancho; en el centro i hácia el norte se levanta una isla cuajada de árboles, en cuyo solitario seno según la tradición hai enterrados doce millones en plata. No ha faltado quien, dando amplia fé a tán antiguas como rancias consejas, haya con manifiesto peligro de la propia vida, cruzado la laguna en el hueco tronco de un roble, convertido por los naturales en lijera i frájil canoa, con el objeto de empuñar los montones de escudos abandonados por algún jénio misterioso en horas de angustia i precipitación.

Al oriente de la laguna alza su truncado cono, perpetuamente envuelto por la nieve el volcán de Villarica coronando su cráter los lentos vapores que de su fondo se exhalan como una aureola de vaporosas nieblas. Hacia el norte i en la misma dirección, el Llaima tambien sombrea su elevada i blanca cima con pardas columnas de humo.

Los rios de Quiete i Paillin, arrojan sus corrientes al ancho cauce del Pucong que aumentando su bullicioso caudal va a desembocar al lago.

Diversos esteros, nacidos en las cordilleras de Quetrupillán, Villarica i Quemahuida ván igualmente a morir a la extensa laguna, donde en un extremo i al concluir las ruinas, nace el profundo i torrentoso rio Toltén.

Algunas calles abriéronse. Una de las cuales, extendiéndose de oriente a poniente, mide 16 cuadras i 10 metros de ancho. Otra trasversal tiene menores dimensiones.

Presunciones mas o ménos fundadas, indican algunos edificios importantes como cuarteles i claustros.

En la lijera remoción de los escombros encontráronse tejas, pedazos de tazas i de servicios para la mesa. A pesar de buscar con empeño un material adecuado para tejas i ladrillos, no fué posible encontrarlo, no obstante que las obras españolas de ese jénero encontradas i que eran de una calidad superior deben haber sido hechas con materiales extraidos en esos mismos sitios.

Al oriente del pueblo hállase situado el molino; en su cárcamo se encontraron dos grandes piedras, llamando singularmente la atención, el hecho mui notable, de ser su picadura la misma que usan los norte-americanos para sus molinos i que pasan por ser de la mas moderna invención. Esta circunstancia vino a probar una

vez mas la veracidad no desmentida del proverbio latino—"de que nada hai nuevo bajo del sol."

Con esmerada solicitud buscóse el sitio donde estuvo el fuerte que fué el último baluarte de aquella falanje reducida de héroes, abandonados cobardemente a su propia i desdichada suerte i que cón tanta bravura como entereza cayeron bajo el peso brutal de diez mil indios, no ménos valerosos, capitaneados por sus mejores jefes, los famosos caciques Pelantaro i Anganamón, los mismos que destruyeron el pueblo de Encol, arrasando el fuerte de Longotoro que le servía de poderosa almena. Despejada la plaza, creyóse fácilmente dar cón el reducto, pues el padre Rosales refiere que miéntras uno de los capitanes españoles salia de él por la puerta que daba a la playa otros hacian su salida a la plaza: se hicieron algunas exploraciónes en el terreno en que según el historiador se alzaba el postrer baluarte; pero ni su suelo ni la conformación de sus ruinas dieron algun indicio sobre la exactitud de la versión del erudito jesuita.

Mandaba la ciudad en aquel entónces (1) el capitán Rodrigo Bastidas, "hombre de admirable valor, prudencia i disposición, i que en ese

(1) Rosales, libro V, capítulo XII.

prolijo cerco mostró grandemente su bizarría i valor."

Entre los capitanes de mayor nombradía por sus hazañas distinguiéronse Marcos Chavari i el mulato Beltrán, que vió la luz en la Imperial; i quién por sus señalados servicios habia recibido mui honrosas distinciones del virei del Perú Don Luis de Velasco.

Cuando en Villarica se tuvo conocimiento de la muerte del gobernador García Oñéz de Loyola, Bastidas comisionó a Chavari para que recojiese cuantas provisiones pudiese. Construyó un fuerte, i dispuso lo conveniente para rechazar los probables i próximos ataques de los araucanos, envalentonados con la destrucción de Valdivia i demás ciudades de mas allá del Bio-Bio, manteniéndose en ventajosas condiciones para su defensa la de Osorno, que resguardaba el coronel del Campo.

Los indios de Villarica, queriendo secundar el movimiento de sus compañeros, nombraron al cacique Curimanque como jefe; mas siendo éste amigo i admirador sincero del capitán Beltrán, le reveló el plán que fraguaban, i no obstante la natural repugnancia que ofrecia a los defensores de Villarica la sospechosa delación de los indios, aceptaron la oferta de Curimanque, de esconderse en un lugar determi-

nado, para caer sobre los indios oportunamente como lo hicieron, matándoles doscientos i dispersando a los demás. Aquel pagó pronto i bien caro su cobarde traición: sus tierras fueron asaltadas, robados sus animales i llevado su hermano como prisionero.

Habiéndose rehecho los mocetones del cacique rechazaron, aunque tarde, el asalto, dejando dos prisioneros, los que llevaron al capitán Bastidas, i miéntras éste les tomaba declaraciones. Los de la ciudad "ahogados, dice un distinguido escritor contemporáneo (1), los españoles por el número, consiguieron, obedeciendo al llamamiento de Bastidas, reunirse en la fortaleza, de la cual desalojaron dándoles muerte, a los indios que a ella le habian seguido. Pudieron así salvar sus personas, pero dejando en poder de los asaltantes las mujeres i los hijos de los seiscientos indios amigos que los habian ayudado en los combates, i la misma ciudad que despues de saqueada entregaron aquellos a las llamas hasta dejarla reducida a cenizas. Si bien hubo muchísimos españoles heridos, solo dos murieron, un soldado i un relijioso Dominico, que no obedeció al llamado de Bastidas i permaneció en su convento miéntras to-

(1) C. Errázuriz, *Seis años de la Historia de Chile.*

dos corrian al fuerte. Uno de los primeros que entre los indios murió, fué el cacique Curimanque. Quemada la ciudad, permanecieron todavía los indios tres dias atacando el fuerte i se retiraron despues cargados de despojos i entusiasmados con su triunfo.»

Camiñancu, a la cabeza de diez mil indios, cayó sobre el fuerte defendido por seiscientos hombres entre españoles e indios amigos; la impetuosidad de las grandes masas de araucanos se estrelló impotente ante el imponderable denuedo de los sitiados, quienes despues de tres largos dias de obstinada lucha, conducidos por Beltrán i Chavari ejecutaron una salida i mataron trescientos cincuenta naturales haciendo grán número de heridos, que como de costumbre se llevaron en su precipitada fuga.

Por fin brillaba un dia de alegría para las desamparadas huestes de Villarica, pero luego debia ser oscurecido por las desconsoladoras cuanto terribles nuevas recibidas sobre la destrucción de Valdivia, de donde por la proximidad, se esperaban refuerzos.

«Las fuerzas del coronel del Campo, dice el mismo historiador, hacían casi inatacable, por entónces a Osorno; no quedaba pues otro plán a Pelantaro i Anganamón, jefes de los rebeldes, que dirijirse contra Villarica, ya tán debilitada.

«Allá se fueron, en efecto, a la cabeza de diez mil soldados escojidos i llevando como prisioneros a don Gabriel de Villagra i a doña María de Carrillo, ambos cautivados en Valdivia i vecinos de Villarica, donde tenian sus familias.

«A pesar del número, no se decidieron a atacar de frente a los españoles i les hicieron decir por los dos prisioneros que se rindiesen i salvarian las vidas, i manifestar cuán inútil era una resistencia que no podia tener por resultado sinó la muerte de los defensores de la ciudad. No solo no se rindieron los españoles, sino que muí pronto i sin combate se vieron libres del formibable ejército que tenian ante sus ojos.»

Los heróicos sitiados de Villarica, reducidos a último i doloroso extremo en tres rudos años de constantes asaltos i perdida toda esperanza de socorro, no obstante que el coronel del Campo, a la cabeza de un numeroso ejército se encontraba en la ciudad de Osorno, fieles a sus banderas i llenos los anchos pechos de singular coraje, resistian con inmortales brios, no sólo al implacable i tenaz enemigo, sino al hambre que diezmaba sus reducidos tercios a esto dió provechosa aunque fugaz trégua, el curioso ardid del mulato Juán Beltrán, quien

persuadió a los indios a que llevasen a las inmediaciones del fuerte cuantas provisiones encontrasen, como medio mas seguro i expedito de apropiarse de las cuantiosas riquezas de los españoles, los cuales acosados por el hambre, cambiarian por provisiones sus mas preciadas joyas. Los indios cayeron en el lazo i de esta suerte pudieron aprovisionarse los sitiados para seis meses.

Hé aquí cómo refiere los hechos el mismo notable historiador que en el curso de nuestra relación venimos siguiendo.

"Beltrán aprovechó la ocasión en que los indios, cada vez mas descuidados habian entrado en grán número al fuerte, dió la señal de ataque, mató a muchos i puso a los demás en tán precipitada fuga, que hubieron de dejar en manos de los españoles los caballos i víveres que llevaban de venta. Los caballos fueron muertos inmediatamente i hechos cecina. Como debia esperarse, furiosos asaltos de los indios respondieron al ardid empleado contra ellos; i, si bien fueron siempre fácilmente rechazados, hubo una ocasión en que Villarica estuvo a punto de caer en sus manos. Consiguieron prender fuego al fuerte por tres partes, i tal fué el extremo a que se vieron reducidos los españoles,

"que muchos a sus mujeres abrasados, pedian confesion."

El capitán Chavari, dando muerte por su mano a cuatro indios, se apoderó de un cubo del fuerte, i consiguió extinguir el fuego, contribuyendo eficazmente a rechazar al enemigo.

No obstante, el tiempo corria, i aunque diversas i peligrosas salidas en busca de alimentos habian sido coronadas con el éxito, como las que ejecutaron los soldados Pedro Salcedo i Gabriel Martin, los escasos defensores hallábanse reducidos a la mayor miseria, como refiere el padre Rosales. "Encarecia, dice, el hambre el valor de la comida i hacia despreciar el oro i la plata: que nunca falta quien la codicie, aunque sepa que la ha de perder; valía una morcilla de sangre de caballo, diez pesos de oro; un tasajo, catorce; un celemin de cebada, cuarenta. Hombre hubo que durante la hambre se comió medio cuero de ante de Castilla i dos panes de jabon. Una se comió, acabada de parir, la criatura de sus entrañas.

"Carne humana la comieron muchos, i de los indios que mataban hacían cecina. Creció tanto la necesidad, que los hombres querian echar suerte para comerse unos a otros; mas el esforzado capitán Bastidas con su ánimo i mucha prudencia, les disuadió de una cosa tán

abominable, persuadiéndolos a lo que era ménos mal que comiesen la carne de los indios que se mataban, diciéndoles que con esto estarian mas valientes i mas gallardos para pelear; porque a la gallardia de su valor juntarian la valentia de los indios, convirtiéndola en sustancia.

"La jente mas flaca, como las mujeres i los niños, se caian muertos de hambre, i ya las dejaban irse al enemigo por no verlas morir a sus ojos, i cada uno se iba por donde queria, sin obediencia las hijas a las madres i las mujeres a los maridos; porque el hambre no guardaba respeto a la obediencia por conservar la vida, i porque el enemigo estaba siempre de emboscada cerca del fuerte, i para salir a cojer yerbas era forsozo reconocer ántes; no enviaban yá a los hombres, porque se los llevaba el enemigo i hacían gran falta para la defensa del fuerte, i dieron en enviar mujeres. Salió una a reconocer i llevósela el enemigo, salió otro dia otra, i fué lo mismo; con que la jente, muertos i cautivos, se iba disminuyendo.

"Habia ya manzanitas verdes, i aunque agrias eran gran reparo, i salian los hombres con sus armas i las mujeres a cojerlas, i en una salida de éstas los aguaitó el enemigo i cautivó a doña Ana de Luna, a doña María de Figueroa i

a frai Martin de Rosas, de la órden de San Francisco."

A pesar de los peligros que ofrecia esta clase de excursiones, reuniéronse los capitanes Chavari, Beltrán, Alcaide, don Alonso de Córdova, don Gabriel de Villagra, frai Pablo Bustamante, el presbítero Alonso Muñoz i algunos soldados, i fueron detrás del convento de San Francisco a cojer frutas silvestres; acompañáronlos algunas mujeres i niños, pero los indios cayeron sobre ellos, quedando el capitan Marcos Chavari cautivo; i sin el oportuno auxilio que les prestó el capitán Bastidas, ninguno de ellos hubiese librado; cayó batiéndose con grán coraje el altivo mulato Juán Beltrán, lo cual llenó de consternación a sus compañeros; además murieron el soldado Luis Rodriguez, i el prior de Santo Domingo, frai Pablo Bustamante; quedando cautivos con Chavari, el capitán Pedro Alcaide, Juan de Torres i el prebítero Alonso Muñoz; i para colmo de desgracia cayó prisionero ese mismo dia Pedro Salcedo, que cón tán buena fortuna habia robado sus caballos a los naturales, para abastecer la plaza. En reemplazo de Salcedo salió a robar caballos un clérigo, Andres de Viveros, pero a pocos pasos del fuerte, cayó en poder del enemigo, i como ya habia cai-

do otra vez cautivo, los indios le dieron muerte cruelmente en el acto de su aprehensión.

A consecuencia de las contínuas pérdidas sufridas por el enemigo, i por el hambre, de los soldados del último baluarte de Villarica quedaban once hombres i diez mujeres; éstas cón el ánimo retemplado por la larga i titánica lucha sostenida i por el doloroso expectáculo de las propias desgracias, tomaron las armas, peleando incesantemente al lado de los once bravos que aún defendian el honor de sus destrozados pendones.

La historia consigna con relijioso respeto en sus brillantes pájinas sus gloriosos nombres, i el coronel Urrutia tuvo el hermoso pensamiento de baustizar con ellos las nuevas calles que empezaron a abrirse en la que algún dia talvez sea la moderna Villarica. Llamábanse las mujeres, tan varoniles como los héroes, Doña María Zapata, Doña Lorenza de la Calzada, Doña Isabel de Luna, Doña Ana de la Paz, Doña Ines de la Paz, Doña María de la Placencia, Doña Juana Chavarria, su hermana Doña Ana, mujer del valeroso capitán Bastidas, i Doña Alonsa i Doña Beatriz Solano. Los hombres eran: Rodrigo Bastidas, Alonso Becerra, Juan Sarmiento de Leon, Don Gabriel de Villagra, Don

Alonso de Córdova, Domingo de Urasandí, Pedro Alonso, Andrés de Rivero, Francisco Núñez, Pablo Fernandez de Córdova, el jóven Juan de Maluenda, i J. Seldeño, cura de la ciudad. Los indios admirados i dominados por la tenaz resistencia de ese puñado de valientes, les ofrecieron la vida cón tal que se rindiesen, pero en aquellas almas de colosales bríos no cabia otro propósito que el de la victoria o la muerte, i rechazaron con incontrastable enerjía cuantas proposiciones les hicieron.

Desoida con altivez por Bastidas la oferta del Cacique Cuminahuel, *tigre rojo*, que le proponia devolverle a su hijo que mantenia cautivo i la de conservarle la vida en cambio del fuerte, empezó de nuevo el ataque, obligando los indios a los mestizos i a algunos cautivos españoles a que le prendieran fuego, i aunque los esfuerzos de los sitiados se centuplicaban, diezmados por las balas i por las llamas que con grán voracidad envolvian al fuerte, llegó el dia 7 de febrero del año de 1602, que también fué el último de Villarica; Becerra, Urasandi i Seldeño fueron de los primeros en perecer, batiéndose como leones entre los numerosos indios que por todas partes i por entre el fuego del incendio asaltaban ebrios de furor i de venganza, el codiciado baluarte, mientras los

demás caian asesinados o prisioneros: a Rodrigo Bastidas i Juan Sarmiento de Leon, "les tocó por suerte de ellos, dice Rosales, i sus mujeres, ser prisioneros de sus propios indios de encomienda i las pobres señoras servian a sus criados de mujeres i de cocinar i de hacer chicha con las demás indias, que a esta desdichada suerte trajo la fortuna a todas las españolas de esta ciudad, ricas, i a que se vieron tan pobres i desnudas que apenas tenian una mala manta con que cubrir sus delicadas carnes; descalzas, maltratadas de las indias que ántes les servian, i hechas mofa i escarnio de las demás."

Como Bastidas era un prisionero de grán importancia, reuniéronse los araucanos para deliberar sobre su suerte: unos pedian su vida cón el objeto de obtener por ella cuantioso rescate, otros su muerte, i como prevaleciera esta opinión, el cacique Cuminahuel lo arrastró desnudo i cón una soga al cuello. Quiso la esposa del infeliz prisionero correr, para arrojarse, anegada en lágrimas, a sus brazos, pero fué brutalmente rechazada por uno de los caciques mas imperiosos i crueles. Cuminahuel ponderó el valor i la importancia del triunfo obtenido, en una larga i calorosa arenga, terminando por expresar el deseo de que la

manera mas digna de celebrar tán notable hazaña, era repartiendo entre sus lanzas i flechas la sangre i los despojos del prisionero.

Aún no se extinguian tán odiosas palabras, cuando Bastidas caia muerto, aplastado por un rudo golpe de maza; inmediatamente cortáronle la cabeza i repartiéronse el corazón entre los caciques, miéntras los mocetones untaban sus armas en tán jenerosa sangre, concluyendo así la alentada vida el digno capitán que por espacio de tres años defendiera, con fortuna vária, pero siempre con indomable enerjia, a la célebre ciudad de Villa-Rica.

De entre los heróicos mártires, escapó, según Rosales, Romay i otros cronistas, el mas jóven de aquellos valientes, Don Juan de Maluenda, logrando retirarse, algún tiempo después, a la capital del reino, en donde tranquilamente terminó sus dias.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA [illegible]
"JOSÉ TORIBIO [illegible]"

CAPÍTULO IV.

Trabajos de desmonte i escavaciones.—Construcción de un fuerte en Paillin.—Batida de los indios por tropas arjentinas.—El cacique Penchulef, su adhesión al Gobierno, su valor i linaje.—Los caciques se acojen al amparo del Gobierno; su impotencia para la lucha.—Rumores infundados sobre ataques a los fuertes.

Volvamos ya a nuestra narración.

Los soldados del Angol, reforzados oportunamente con cien hombres del Ñuble, al mando del capitán Lagos Soto, siguieron infatigables en la difícil obra de despejar la montaña que cubria las ruinas coloniales.

Abriéronse tres calles más, trasversales, en una de las cuales se encontraron otras dos piedras para molinos.

Distintas escavaciones se hicieron en los sitios que, por la dispersión de los escombros, parecian haber sido conventos, sin más resultado que el de sacar fragmentos de tejas i de loza.

Un verdadero i laudable furor se introdujo en algunas personas que acompañaban a las tropas divisionarias, por buscar entierros; era

creencia jeneral en el pais, de que grandes i valiosas riquezas habia escondidas en Villarica, i quizás alucinadas por ese nombre tán pomposo como desgraciadamente injustificado, pensaban en enriquecerse con poquísimo trabajo.

Cada cateador iba munido de tradiciones más o ménos ridículas, i diariamente se les veia vagar como espíritus por las extensas ruinas, siempre con la picota al hombro, con aire de misterio i de desconfianza, ocultándose unos de otros, cuando por casualidad se encontraban, detenidos por los troncos que interceptaban por todas partes los senderos, siempre difíciles.

Contínuamente acudian donde el coronel Urrutia con absurdas peticiones: querian hacerse dueños de ciertos terrenos para trabajar como en lo propio i hacer escavaciones con la seguridad de que cuanto hallasen seria de su exclusiva propiedad.

Habia entre éstos rebuscadores de entierros quién llevaba los hilos mas curiosos para encontrar una tinaja con onzas. La tradición que hacia remontar a los tiempos mas remotos, decia que al oriente de la ciudad se elevaba un grán roble, i prendida en su elevado extremo, una calavera, i que introduciendo una cuerda por una

de sus amarillentas cuencas, con un fierro atado en la punta, caeria rectamente al sitio en donde estaba el tesoro; ignoramos si se encontró la calavera pero estamos seguros de haber visto pasar por nuestra tienda a la mayor parte de los rebuscadores, con semblantes que no revelaban por cierto la alegria del buen éxito.

En un lugar en donde probablemente estuvo situada la plaza principal se empezó a trabajar un cuartel i fuerte para amparo i seguridad de las tropas.

En sus escombros removidos para cavar los cimientos se hallaron algunos objetos curiosos, un jirón de manto de filigrana de plata, que debió haber pertenecido a algún ornamento sagrado, algunos segmentos de plomo con que cargaban los mosquetes, i una grán cantidad de gusanos, envueltos enteramente con una capa sólida de madera, que ofrecian a la vista el curioso expectáculo de una larga raiz que se desprendia de sus extremos.

Con el objeto de ahorrar el pésimo camino que conduce al boquete, se construyeron lanchas, botes i chalupas.

Sobre la ribera del Paillin, se procedió a echar los cimientos de un fuerte que servirá para facilitar el comercio i la comunicación con la Arjentina. Diariamente llegaban al campamento

los indios que vivian al pié de las cordilleras i que huian a la aproximación de las tropas que mandaba el jeneral Villegas, quién hacía una batida jeneral, pasando sus partidas muchas veces la frontera que divide a ámbos paises, en persecución de algunos caciques que como Reuque, Namuncura, *pié de piedra*, Calbucura, *piedra azul*, i otros, que aunque de nacionalidad chilena, vivian en Quilmai, territorio Arjentino.

Aquellos caciques, por largo tiempo recibieron del gobierno de Buenos Aires cuantiosas pagas, diez o doce mil yeguas por año, porque se mantuvieran tranquilos, evitaran los malones i persiguiesen a los maloqueadores de ámbos lados.

Reuque, araucano de tez cobriza i de membrudas formas, acompañado de su sobrino el cacique Reumay i de algunos mocetones, llegaron al campamento, huyendo con lo encapillado, de las partidas de Villegas, dejando en su poder muchos cautivos i la mayor parte de sus animales, abandonando así sus residencias de Cautanquen, al pié de la pequeña laguna de su nombre, haciendo largas i penosas jornadas, como lo demostraban, por la extenuación i la miseria con que se presentaban: tranquilizados un tanto por el coronel Urrutia, probablemente

volvieron a sus hogares, pues los piquetes arjentinos se retiraron a la llegada de un correo enviado por el jefe de nuestras fuerzas al jeneral, con aquel objeto.

Leandro Penchulef, dueño i señor de Pitrufquén, ayer el cacique más soberbio de la tierra i que tomaba parte activa e importante en los diversos combates i asaltos de los últimos años, i hoi sumiso i complaciente amigo del Gobierno, mediante el método de cariñosa persuasión i de inalterable paciencia empleado por el jefe de la frontera, se presentó un dia con numeroso i lucido séquito de gallardos mocetones a saludar al coronel; como de costumbre en el discurso de introducción "habia abandonado, lanzas, caballos, vacas, perros i gatos para saber como habia llegado Usia i a preguntar por la salud del Señor Gobierno."

Penchulef, enhiesto i robusto como el pellin de sus montañas, de una fisonomía simpática, no tenia el aire de fiereza que revelaban las duras i atrevidas facciones de Epulef, Reuque, Reumay i otros, apesar de sus conocidos hechos, en los cuales siempre reveló una bravura salvaje: vestia a la española, como grán parte de los araucanos, ya que nada era a la chilena, pues para los indíjenas todos somos huincas.

El Cacique recibió en la calorosa alegría

de un niño los diferentes regalos que le hizo el el Coronel Urrutia, prendiendo en su vistosa manta, con la exquisita delicadeza de una dama, las agujas que para sus cuatro mujeres le entregó, retirándose despues de alegre charla, saludando con la flexible gracia de un avezado cortesano. Pertenece por lo Lef, *carrera*, al más alto linaje de la aristocrácia araucana, i fué uno de los más tenaces, por lo cual el Gobierno a fin de atraérselo, le asignó un sueldo de sesenta i siete pesos al año, como grán número de caciques que perciben renta; durante largos años se negó a aceptarla, más de tanta obstinación triunfó la constancia i astucia del Coronel Urrutia.

Convencidos la jeneralidad de los caciques de la absoluta impotencia en que se encontraban para sostener una lucha desventajosa i porfiada sometiéronse, injénuamente confesando las regalías i conveniencias que ofrece la civilización, del pronto i provechoso amparo que reciben en la administración de la justicia por las diversas autoridades militares de los numerosos fuertes, concluyendo con su antiguo sistema de hacerse justicia, que consistia en robar a aquellos de quienes sospechaban fueran los autores de los robos hechos, i cuando en sus rucas nada habia, se llevaban en pago, a las

mujeres i niños, que en la precipitación de la fuga dejaba el maloqueado.

En algunas reducciones como en la deEpuleo, i Quiñinao Monti en la línea del Traiguén, suelen los indios cometer algunas depredaciones, pero són severamente castigados.

Entre los indios de Quiñinao que asaltaron, asesinando en el paso de Chanco el dia 27 de diciembre del año próximo pasado, al correo Bernabé, se apresó a Linčanqueo, que sólo confesó el salteo a la carreta i el haber herido a un cabo de los Carabineros de Angol que escoltaba el convoi, asegurando haber visto a tres de sus compañeros pertenecientes a las reducciones que están frente a Lautaro, del otro lado del Cautin cuyos nombres eran, Colleo, Huentecol, Pueñe, hijo del Cacique Colicheo, todos residentes en Dillinco.

Los indios que asaltaron las otras carretas fueron Epuleo, Cona, Huechi, Chiguapil, Pasco, Antinao i Contreras.

No es extraño que en una línea tan extensa se cometan algunas depredaciones, pero estas disminuyen de dia en dia i los indios en jeneral se mantienen tranquilos. Mucho se habló de probables ataques a los fuertes, en algunos telegramas, pero tales noticias nunca pasaron de cuentos, para producir sensación pues, estan-

do siempre, durante la campaña, el Jefe a inmediaciones del telégrafo que se extiende hasta Freire, jamás tuvo el menor conocimiento de los pretendidos ataques inventados por oficiosos noticieros.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO V.

La montaña.—Los soldados obreros.—La plaza, cuartel i fuerte.—El tráfico de los indios.—Los sitios.—La colonia alemana.—El canelo, símbolo de la paz.—Las embarcaciones, i excursión a la isla.—El Llaima i el Villarica.—Las almas de los caciques i las de los mocetones.—Extensión de la isla i su formación.—Exploraciones mineras.—Ali-Quillen i su historia.—Sus apariciones i lamentos.—El crímen de Reinacullen.—El cabo Figueroa de Carabineros de Angol.—Alarma de los indios.—Mensaje del coronel Urrútia.—Expedición del mayor Monsalves.—El corazón del correo Bernabé.—Los rehenes en Lautaro.—Epuleo i sus exacciones, su cinismo i captura.

Con increible rapidez fué haciéndose el vacío en la montaña que durante doscientos ochenta i un año ocultó las ruinas de la que fué celebrada ciudad de Villarica. Los árboles seculares, que robustos i erguidos perdian en las flotantes brumas de la atmósfera sus oscuros follajes, cayeron con imponente majestad, al poderoso impulso de los soldados obreros, quienes desde la diana hasta la terminación del dia se mantuvieron incansables en el fatigoso puesto de tán árdua labor.

Si los animosos cuadros del batallón Angol

no libraron las batallas que destruyen i aniquilan, pelearon en cambio, los rudos i silenciosos combates del trabajo, qué crea i levanta; i cuando la selva se vea transformada en una pintoresca villa, al regresar a sus hogares esa falanje de alentados pechos, llevará en pós la noble satisfacción del deber ampliamente cumplido, i la gratitud del país que deberá a sus decididos esfuerzos un nuevo pueblo.

La plaza quedó completamente despejada en toda aquella parte que daba frente al cuartel i fuerte; diversas calles fueron entregadas al tráfico i por ellas se veia incesantemente galopar con visibles muestras de alegría, a los caciques seguidos de sus mocetones, que iban a visitar al coronel Urrútia ya en busca de buenos i sanos consejos, ya por asuntos domésticos, por simple cortesía, o por dar las mas veces la mano, a lo cual se mostraban *peligrosamente* aficionados.

Pasan de treinta el número de sitios pedidos por individuos de distintas nacionalidades, predominando ente ellas, la alemana. En efecto, los señores Ebner, Manser hermanos i los Holtzaphel, empezaron a labrar maderas, levantando ranchos provisionales i estableciendo en ellos tiendas i despachos los cuales se veian

asediados por numerosos compradores, tanto chilenos como indíjenas.

Así las ruinas tristes i monótonas adquirieron cierta animación que daba vida i movimiento al naciente pueblo. I cosa extraña, hasta las aves que al principio no se sentian, i cuya absoluta ausencia del bosque se notara, empezaron a llegar, como lo demostraban sus sonoros i multiplicados cantares entre el variado ramaje de los lingues, robles i canelos, árbol este último sagrado entre los araucanos, i cuyas graciosas ramas sirven de mensajeros de paz, como servian las del olivo en los tiempos bíblicos.

Durante la campaña al Cautin, habíase notado el mismo curioso fenómeno. Cuando la división acampaba en alguna montaña para construir algún fuerte, solo se oía el fatídico canto del thricauco, i cuando el tiempo avanzaba, una infinita variedad de aves llegaban a colgar sus nidos en los jigantescos árboles, ántes desiertos: como si los pájaros fueran mas decididamente afectos a la sociedad del hombre que a la salvaje soledad de sombríos e impenetrables bosques.

Constantemente permanecian fondeadas en la embocadura del Toltén tres buenas embarcaciones que servian para transportar víveres a

los trabajadores que abrian los caminos en dirección a la cordillera.

En las primeras horas de la hermosa mañana de un domingo, se hizo una expedición a la isla, endonde como hemos dicho no solo hai un entierro, sino que habita un ser misterioso.

Una fuerte brisa, inflando la lona de la pequeña nave, imprimió a ésta un lijero movimiento i entre la expansiva alegria de sus tripulantes, cruzó con gallarda vivacidad la tranquila laguna, cuya tersa superficie era tan clara, que como inmenso i colosal espejo reproducía en su cristalino fondo, con admirable exactitud, los árboles que bordaban sus orillas, llenas de variadas i caprichosas enredaderas de vistosos colores.

Despues de una hora de feliz navegación, llegábamos a la isla.

El Llaima i el Villarica arrojaban gruesas columnas de ennegrecido humo, lo que según los indios era un mal presajio. Creen éstos que las almas de los caciques que fallecen ván a habitar el candente seno de los volcanes, i desde tán abrigada vivienda vijilan sus reducciones i velan por sus tierras, familias i mocetones. Por eso los caciques de aquellos volcanes mani-

festaban grán enojo por nuestro arribo a la solitaria isla.

Las almas de sus súbditos, ménos felices siempre, habitan en las nubes, i cuando estalla la tormenta i cruza el relámpago iluminando el entoldado espacio, piensan que en esos precisos instantes pelean con los Españoles. Así, en las reducciones los vivos siguen con grán interés el curso de la tempestad, animando al propio tiempo a los suyos con broncos alaridos, e infundiéndoles valor i confianza en la victoria.

La isla media tres cuadras, siendo su formación enteramente volcánica, teniendo algunos bosquecillos que ofrecian agradable sombra.

Las frutillas silvestres, tan comunes en los campos araucanos, abundaban en sus flancos; algunas vetas de fierro, cruzando en distintas direcciones las rocas de la cima, despertaron el entusiasmo en los aficionados a buscar la fortuna en las entrañas de la tierra; hiciéronse algunas exploraciones, pero sin resultado alguno. Los millones que según la leyenda hai ocultos en aquel solitario paraje, quedarán en la imajinación traviesa de sus inventores, o de sus inocentes propaladores.

Verdaderamente anduvimos desgraciados en

aquella visita a la isla, pues ni aún pudimos divisar a la encantadora, Ale-Quillen,—*Luz de la luna.*

Era ésta una hermosa india hija de un poderoso cacique de los alrededores. Arrojada de la ruca de sus padres, a consecuencia de una grande cuánto desgraciada pasión, que prendió en su alma virjinal uno de los jóvenes guerreros españoles que resguardaban a Villarica, fué a ocultar sus terribles penas en la isla i a esperar sin duda, mejores tiempos, para sus quemantes amores.

En una tarde, cuando el sol teñia suavemente el horizonte con sus postreros reflejos, i en la cual saliera a buscar murta con que engalanar su negra cabellera, llegó hasta las inmediaciones del fuerte, en cuyo sitio conoció a Rodriguez; desde entónces sus almas se unieron con el dulce lazo del amor: ansiando Ale-Quillen salvar a su amado del próximo desastre i de la muerte, que no tardaria en llegar, propúsole la fuga.

Más para Rodriguez, ántes que el amor estaba su Patria, no obstante su grán pasión, rehusó las ofertas de la apasionada i resuelta india. Inútiles fueron los halagos i las tentaciones desplegadas por Ale-Quillen; el mancebo

alentaba alma española, i forzoso era resignarse a morir sin alcanzar el logro de sus deseos.

Llegó el postrer dia del ataque al fuerte i con él la muerte de sus heróicos defensores: en medio de las voraces llamas del incendio i el siniestro rujir de los arcabuces, vióse penetrar al récinto, como fantástica visión, a la enamorada india i momentos despues se la vió cruzar con la rapidez del rayo por entre las absortas filas araucanas, llevando en brazos un cadáver. Siguiéronla algunos, pero Ale-Quillen saltando con presteza a una lijera canoa, ganaba poco mas tarde la isla, donde no se atrevieron a seguirla, creyéndola fuera algún emisario del Pillán.

Desde entónces nadie se aproximaba a ese sitio: algunos que lo intentaron, desistieron luego, porque al llegar, las mansas aguas de la laguna se rizaban, formando grandes olas que coronadas de hirviente espuma, amenazaban hacer zozobrar las canoas.

La leyenda oral no dice qué fin tuvo la desgraciada india; solo ha transmitido en sus vivientes pájinas que, cuando la luna, levántase por sobre las negras cimas de las montañas, como una lágrima de fuego, i ván sus esplendorosos rayos a reflejarse sobre el cristal de las aguas, se vé en la parte mas alta de

la isla, alzarse la misteriosa figura de Ale-Quillen llevando un cadáver ensangrentado, en sus brazos.

Agregan los indíjenas, que algunas noches se escuchan los quejumbrosos ecos de sus lamentos, lo cual nada tiene de inverosímil, porque sin duda oyen los doloridos gritos de las *hualas* que perfectamente bien imitan, ya el llanto de un niño, ya los angustiosos ayes de una mujer que sufre.

La vuelta de la isla fué lenta i no exenta de peligros. Ya sea que Ale-Quillen se disgustase de la excursión, o que el viento sur soplase cón inusitada violencia, en la laguna levantáronse gruesas olas, como en pleno i ajitado mar, algunas pasaron por sobre la proa, cubriendo cón sus aguas a los remeros.

Al llegar al campamento, una dolorosa nueva vino a turbar la plácida quietud del dia.

Se dió cuenta al coronel Urrutia de un odioso crímen perpetrado en las primeras horas de esa mañana, en un llano en donde pacía la caballada el cual distaba dos leguas de las tiendas.

A las 9 A. M. un indio, seguido de su hermana i de dos hijos de ésta, penetraban a la montaña de Renacullen, donde encontraron al cabo de Carabineros de Angol, José del Trán-

sito Figueroa, quién, al ver al indio que se aproximaba, le dirijió un golpe cón la carabina, el que aquel evitó; exasperado el asesino pasó una cápsula a la recámara de su armas, i echándosela al rostro, hizo fuego.

La bala penetrando dos pulgadas más abajo de la tetilla izquierda, hizo saltar al indio de su cabalgadura; cón la violencia del salto cayó a su lado un niño que llevaba en brazos. Visto esto por Peñaivilu *(salió la culebra)* que seguia detrás, se arrojó al suelo con el otro pequeñuelo, implorando la vida de su hijito, a quien cojió por la mano. El miserable, ébrio de sangre, aplicó al niño un cintarazo, i como si ese acto brutal no hubiera sido bastante, le partió el cráneo de un hachazo.

Peñaivilu, temblando, corrió a ocultarse en el cercano monte, a donde la persiguió; i no pudiendo alcanzarla, por haberse enredado en las quilas i raices, le tiró dos estocadas las cuales la hirieron cerca de la cintura. La india, cobrando brios por el terror buscó lo mas espeso del monte, pudiendo así escapar a la hambrienta fiera que la perseguia para exterminarla, a fin de rodear con el misterio del silencio, su odioso crímen. Como las quilas eran mui tupidas, perdió al hijo de cuatro meses de edad que cargaba a la espalda, el cual fué encontra-

do dos dias después, muerto a consecuencia de dos heridas hechas con la punta del sable, al pretender Figueroa traspasar a la madre.

Consumado tán repugnante atentado, volvió el cabo tranquilamente, a dar cuenta de lo ocurrido al alférez Caravantes, quien estaba de caballada, diciéndole que le habian robado unos caballos i al divisar al ladrón, habia hecho fuego matándolo; i que como llevaba un niño a la grupa habia igualmente alcanzado a éste el proyectil.

Trasladóse el oficial al punto indicado para constatar la muerte del indio i el niño, i juzgando prudente apresar al cabo, miéntras se esclarecia el asunto, ordenóle seguirlo al campamento, a pocas cuadras antes de llegar, volvió bridas sin que el oficial pudiera darle alcance.

Inmediatamente el coronel Urrutia, despachó tropa en persecución del fujitivo, enviando a Temuco, punto hasta donde llegaba el hilo telegráfico, para que por todos los caminos saliesen partidas de caballeria en su busca, ofreciendo al mismo tiempo, a indios i paisanos, una fuerte gratificación si conseguian aprehenderlo .

Dias despues se tuvieron vagas noticias de haberse visto al cabo, cruzar cerca de Toltén en

dirección a los Anjeles, de cuyo pueblo era oriundo, más hasta hoi no ha podido ser habido; lo cual ha dejado a la justicia, sin castigar como merecia un atentado tan brutal i salvaje.

Ya poco antes del suceso que acabamos de narrar, habíase propalado entre los indios la alarmante especie de que el coronel, sólo esperaba transcurriesen algunos dias, para empezar el total exterminio de la raza indíjena: asi es que el crímen de Renacallen dió consistencia a los absurdos rumores maliciosamente esparcidos, sin que hubiese sido posible averiguar el autor para su castigo.

Los caciques, alarmados, enviaron mensajes para averiguar la veracidad de lo que se decia, i mas tarde llegaron en persona a la tienda del coronel, quien les manifestó lo injusto e infundado de tales nuevas, al propio tiempo les hizo saber cuán grande era su pesar i consternación por lo ocurrido, asegurándoles que a vista de ellos castigaria al hechor como merecia.

Los caciques se retiraron satisfechos i tranquilizados por la autorizada palabra del jefe de la frontera. Sin embargo en la noche se sintió el agudo sonido de sus cornetas que tocaban reunión, i cuando el doctor Kidd se trasladó a la casa de Puñalef en donde se habia refujiado Peiñaivilu, con el objeto de curarla de sus

heridas, notó grán movimiento entre los indios, divisando al pasar, arrimadas las lanzas en las puertas de sus rucas.

En la mañana del siguiente dia, todo se habia apaciguado, i llorosa, desgreñada llegó al campamento Peñaivilu, a prestar su declaración en el sumario que, como de costumbre, se mandó en el acto instruir.

Era aquella una mujer jóven, pero terriblemente desgraciada, de una fisonomia agradable i dulce; pocos dias antes del suceso, los arjentinos le habian llevado como cautivo a su marido. En su vaga i melancólica mirada veíase que era grande el dolor de su súbita orfandad como inmenso su infortunio.

Mientras se perseguia al cabo Figueroa, una fuerza al mando del veterano mayor Monsalves, compuesta de cién hombres de infantería i de cién de caballería salió para Pillanlelbun, *llano del diablo*, para reunirse con 60 hombres más que esperaban en ese fuerte, i desde ahí partió a la reducción del cacique Epuleo, *dos rios*, donde se hallaban Loncopan, *cabeza de leon*, i otros a quienes se creia con algún fundamento autores del asalto al correo i carretas en el paso de Chanco.

A las 7½ P. M. del dia 18 se puso la tropa en movimiento pasando el Cautín en una lan-

cha para emprender nuevamente la marcha a Bieco, en la ribera del Muco: a las 2 de la mañana despues de haber arrastrado una lluvia torrencial, llegó la división a las casas de Lepin, media legua distante de la reducción de Epuleo. Cómo la noche era densamente lóbrega hubo necesidad de hacer alto, pues era tal la oscuridad, que la retaguardia se extravió.

El lenguaraz Martinez; ex-secretario del famoso Quilapan, *tres leones*, i ex-consejero de Orelie I, sirvió como guia, marchando por consiguiente con 25 hombres de caballería e infantes a la grupa, antes que amaneciera, para sorprender a Epuleo en su ruca.

El capitán don José Antonio Monsalves fué designado para tán delicada misión, llevando las instrucciones i facultades necesarias para apresar a cuantos designase el lenguaraz Martinez. Al aclarar el dia llegó Monsalves a su destino, encontrando desierta la reducción. Más como se dirijiera a una montaña próxima encontró a varios indios e indias a los cuales en el acto aprehendió.

Los prisioneros fueron Cheuque, hijo de Cayupí-Pailaman, un jóven indio llamado Manuel Neculman, i los indíjenas Mailen, la madrastra de Epuleo, Juana Hueñuvil, i Juana Epuleo,

una hija de Chihuai, i María Rahuil i Emiche, viuda de Tralcal, i dos pequeñuelos.

Se encontraron en su poder una colcha blanca, dos pares de medias de mujer, pedazos de percal, un sable con vaina de cuero, fabricada por ellos; dicha arma perteneció al cabo que asaltaron en Chanco. Los demás objetos eran de propiedad de las mujeres que iban en las carretas, las cuales milagrosamente escaparon en el monte.

En la ruca de Montri, hijo de Nahuelpan, *tigre leon*, en donde se confiaba capturar a Epuleo se encontraron fragmentos de la correspondencia perdida, i mui envuelto en un trapo blanco, el corazón del correo Bernabé. A los indios apresados se les siguió el correspondiente sumario, las indias quedaron mientras tanto como rehenes en el hermoso fuerte Lautaro, en donde por órden del coronel se proveyó convenientemente a su manutención.

Epuleo, que siempre habia capitaneado bandidos logró fugarse, a pesar de ser muchos sus crímenes, i conocido por sus actos de crueldad. Algunos caciques se interesaron por su perdón, no obstante sus exacciones, i queriendo el coronel Urrutia conquistárselo lo hizo llamar prometiéndole su libertad, prestándole una yunta de bueyes para que se dedicara al

cultivo de sus tierras i olvidase en el trabajo sus perversos instintos e inclinaciones.

Algún tiempo después pasaba el coronel por el fuerte Lautaro.

I como Urrutia todo lo sabia, asegurándoles siempre a los indios que las aves le traian cuanta noticia habia en la tierra, mandó el siguiente recado a Epuleo: "dígale a mi amigo que una torcaza me trajo el siguiente recado: *que él al recibir los bueyes, de vuelta a su reducción dijo a los suyos, que no se habia vendido por una yunta de bueyes, i que cuando se le ocurriese se los comeria i volveria a ejecutar sus correrías de siempre,*" agregando el coronel: "adviértale que apénas vuelva a pensar en comerse los bueyes, lo mandaré buscar donde se encuentre i entónces no habrá perdón."

Los numerosos indios que oian tal cosa, cón la mayor sumisión i respeto aseguraron al coronel que Epuleo seguiria trabajando; en efecto hasta la fecha no se ha comido los bueyes i continúa dedicado al cultivo de sus tierras.

La persecución a los bandidos de Chanco, cuyo crímen puso Urrutia en conocimiento de los caciques i mocetones alarmados por el hecho de Renacullen, los convenció de que en todas partes habia hombres malos, que ambos

crímenes eran hechos aislados, i que en manera alguna debian pensar en que el señor gobierno deseaba su exterminación.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPÍTULO VI

La expedición Drouilly—Nactri, Lincura i Llaima—La navegación del Toltén—Posición de Villarrica—El jeneral Villegas i sus ofertas a los indijenas—Mensajes de los caciques—Paillalef—Painevilu—Huilchao—Su Anchi Malghen—La poligamia, Colipí, Coñupán, Marilubu i Cariñanque—El gapitucar i el Maficar, sus trámites i ceremonias—Dispcsición de las rucas—Los hijos de los caciques, i i facilidades para casarse—Los lonco-dumo—Las indias, sus pasiones i suicidios.

A mediados de enero llegó al campamento de Villarrica el jóven capitán don Alonso Toro Herrera, con un piquete de veinte hombres de la división Drouilly que expedicionaba sobre las cordilleras, cón pliegos para el jefe del ejército del Sur.

Las fuerzas partieron de Nitrito el 28 del més anterior, llegando su vanguardia hasta 18 leguas de nuestro campamento a un lugar llamado Nactri, donde con fuerzas del escuadrón Antuco se procedió a levantar un fortín.

Habian fundado en su tránsito, el fuerte de Lincura situado sobre la ribera del Bio-Bio, en su afluencia con el Lonquimay, el cual quedó guarnecido por el escuadrón Nacimiento a las órde-

nes del comandante don Pascual Cid; igualmente echaron los cimientos del de Llaima, casi al pié del boquete del mismo nombre, cón tropas de los escuadrones Mulchen i Collipulli, que mandaba el mayor Lapuente.

La expedición hizo el trayecto con la pérdida de un soldado del Mulchen, fallecido de una pulmonia fulminante.

Los valles estaban desiertos; las indiadas que los habitan habian ido a refujiarse en las ásperas breñas de las sierras, atemorizadas con la presencia de las partidas arjentinas que al mando del coronel Ortega, les habian llevado sus familias i ganados.

La posibilidad de navegación sobre el rio Toltén quedó luego desfavorablemente resuelta.

El señor Clemente Holthzaphel vecino de aquel pueblo, salió en una chalupa tripulada por cinco individuos, la cual a costa de grandes esfuerzos i penosos sacrificios, alcanzó a remontar la corriente hasta la altura de Pitrufquen, empleando para ello seis dias; no pudiendo avanzar más, volvieron al punto de partida; cinco horas les fué bastante para deshacer el trayecto de seis dias, lo cual dió la medida de los mui sérios inconvenientes que ofrecia el caudaloso rio para su navegación.

Ese triste aunque previsto resultado, arrebató para la naciente ciudad, en parte, su porvenir i prosperidad comerciales, pués siendo sus campos de una pobreza suma, solo podría alcanzar mejores dias con algún descubrimiento minero, lo cual es aún más remoto, vistos los poquísimos cateadores que recorrieron sus montañas.

Entre los mineros mas tenaces, notábase a un caballero inglés, quien nada pudo alcanzar; i un portugués que se apareció hasta sin las más precisas herramientas, i el cual con las alforjas atestadas de piedras, pasó como una exhalación por el campamento, temiendo sin duda, que se descubrieran sus secretos con la lentitud de la marcha.

Los caciques de toda la tierra, llegaban a visitar al coronel a quien estiman como *Cume Gulamgechi-huenthei*, hombre de sanos consejos i máximas.

Curiosa por demás fué la visita de tanto bárbaro galante.

I como al tiempo de darse las manos, *Mucuun*, i sin soltarse se preguntan simultáneamente, por sus mujeres, niños, parientes, sementeras, vacas i perros, forman con sus extraños murmullos un canto monótono i acompasado que llaman el himno de la bien venida.

Epulef, conforme un tanto con la pérdida de su ciudad, mostró vehementes deseos, como otros caciques, de tener una bandera cón los colores nacionales, aspiración que el coronel prometió complacer, en cambio i como la manera mas cortés de darle las gracias, al retirarse le desearon un *Quimei Huerantú*, buen verano, en aquel año, *Huethipantú*.

Algunos caciques como Ambrosio Paillalef, *carrera de espaldas*, de Pitrufquen i Painevilu *culebra celeste*, de Maquegua, hablaban correctamente el castellano i vestian como el mas acicalado petimetre, visitan frecuentemente la capital i conservan indelebles recuerdos de sus viajes meramente recreativos. Són los únicos caciques que en la Araucania poseen habitaciones cómodas, en armonía con las múltiples exijencias de la civilización.

Painevilu tiene hermosas mujeres, a quienes no permite vestir a la española, reservándose para si el cubrirse a nuestra usanza, aunque a los consejos de familia asiste con chamal i trarilonco. Es bastante rico i señor de excelentes terrenos como són los de Maquegua. De los más ancianos entre los jefes de tribus, es Huilchapán, quien no pudiendo ir al encuentro del coronel, por su avanzada edad, envió como ájil i solícito mensajero a un hermano suyo, de cer-

ca de noventa años, haciendo decir al coronel que lo mandaba por ser el más jóven de los suyos.

Solo Huilchao se mostró avaro de su presencia. Según fama es un cacique bastante rico que ha permanecido *Quidughen*, solterón, lo cual es raro entre los indíjenas, tán aficionados al matrimonio, que ya a los quince años empiezan a Piñonguear, *casarse*. Al aislamiento en que vivia Huilchao debíase sin duda la creencia que sobre él abrigaban sus compañeros, quienes lo suponian desposado cón una vaporosa *anchi-malghen*, fantasma, que habitando en los aires, solo aparecia cuando las suaves sombras del crepúsculo venian a envolver su solitaria ruca, levantada en lo más espeso de la montaña.

La Anchi-Malghen, tímida i pudorosa, al menor ruido huia, dejando siempre en la más desesperante curiosidad a los que osaron tratar de sorprender el misterio que rodeaba a la persona del cacique.

La poligamia es costumbre mui preciada entre los indios; los caciques jeneralmente tienen cuatro o cinco mujeres, siendo Penchulef una excepción, pues solo cuenta con una, i ésta cristiana. En cambio hubo quienes las contaron

por docenas como el grán Colipí que alcanzó a albergar en su ruca a treinta, Coñupan, *descendiente de Leon*, tiene trece i Marileubu, *diez rios*, ocho, casi a esposa por rio.

Cariñanque, *condor verde*, tuvo nueve i fué asesinado por uno de los mocetones, a instigación de una de sus mujeres.

Como las damas se mafican, *compran*, i nunca baratas, los pobres jamás pasan de tener dos, penosa exijencia impuesta a sus medianas fortunas; pero trabajan incesantemente con el fin de llegar a obtener los medios de aumentar la fatal cifra.

La antigua manera de Gapitucar, tomar *esposa por fuerza*, va desapareciendo: ella se reducia a asaltar la ruca que habitaba la Domuche Ghuechamalghen, mujer soltera.

Pero era preciso que el novio hubiese hablado ántes con el presunto Puyñco, suegro, para que se considerase facultado a ello; cuando llegaba el dia, el galán acompañado de sus amigos si era mocetón, i por sus súbditos si era cacique, asaltaban la ruca o aguardaban perdidos en el monte, la hora en que la dama tenia costumbre de ir a buscar agua a la corriente más cercana; aquella al verlos, corria a ocultarse; entonces los acompañantes del novio, descendiendo rápidamente de sus caballos i cojién-

dola con la mayor delicadeza por la cintura, la ponian en la grupa de aquel, quien hincando las espuelas en los inquietos hijares del fogoso potro, alegre i rápido desaparecia con la impaciencia de sus amorosas ansias, en tanto que la comitiva batíase impasible cón las mujeres, niños i sirvientes de la ruca, quienes con tizones, palos i hondas los surraban sin la menor compasión. Los asaltantes limitábanse a defenderse sin ofender; el dueño de casa, ordinariamente tendido sobre la yerba, presenciaba cón la sonrisa en los labios el expectáculo, sin que los gritos ni las maldiciones fueran bastante, para hacerlo abandonar tán cómoda postura; solo acudia en defensa de los suyos, cuando los acompañantes del fujitivo les acertaban algún golpe recio: el novio miéntras se batian, iba a colgar su tálamo nupcial, entre el verde i pintoresco ramaje de algún roble o cohihue, cuyo tronco estuviese cubierto de blancos copihues o de rosadas i fragantes murtas.

Desde ese momento hasta el siguiente dia iba la Namug, (suegra) a la montaña con el lonco, (cabello) desgreñado i en jirones el quipán (vestido) llorando amargamente, apesar de haber quedado conforme con el rapto después de una explicación con el marido. Los más desgarradores jemidos brotaban de su lacerado pe-

cho i seguida de toda la familia recorria los senderos de la selva, llorando por su hija, retirándose al amanecer a su ruca.

Si la madre no daba tán estruendosas muestras de aflicción por el rapto de su hija, ésta le era devuelta, como indigna de ser esposa, por cuanto sus bondades debian estar en relación cón los lamentos i manifestaciones de dolor de la madre, la cual si no derramaba abundantes lágrimas por la separación, era prueba evidente i clara del poco o ningún mérito de la niña.

En la poética hora del crepúsculo aparecia la enamorada pareja, i se daba comienzo a la fiesta, que duraba tres o cuatro dias, según las comodidades de la familia i la capacidad de los chilgues (ollas) cón Pulca (chicha.)

Hoi al gapitucar ha reemplazado el maficar, comprar esposa.

El pretendiente llega donde el padre de la niña i sencillamente ajusta su precio, él cual fluctúa entre cincuenta i quinientos pesos fuertes, según el haber de los padres: como en la otra usanza de contratar los matrimonios, se precinde del consentimiento de la interesada; cerrado el trato o negocio, el que se paga en especies, como vacas, caballos i prendas de plata, se reune la familia. El más anciano de

los presentes espeta una arenga, concluida la cual empiezan las libaciones, considerándose concluido el enlace.

La novia a la hora de la partida se presenta ataviada cón las mejores alhajas, luciendo grandes chagualles (aretes) en las orejas, i sobre el pecho prendido un descomunal *topo*, en forma de media luna, i ajustado al cuello un traripel, (collar) objetos todos de la plata más fina. Solo usan la chaquira para los trarirai, pulseras para los brazos, trarinamun, argollas para los tobillos, i para los quillantú, cadenas para envolverse las trenzas: igualmente le presentan un lindo caballo de paso, de color siempre negro, sobre el cual, airosa i lijera salta, desapareciendo con su consorte para la nueva mulchua, habitación.

Al dia siguiente vuelve el recién casado a recibir de sus suegros el haber de la mujer. Aquellos le entregan un canasto cón media docena de platos i cucharas de palo, e igual número de cántaros de greda cón sus respectivos vasos de madera, i si el suegro es *rico*, le dá una criada para el servicio de su esposa. Dos meses después le dán algunos animales i un pequeño piño de ovejas con el producto de las cuales se viste; sobre estas últimas el marido no

tiene derecho alguno; són exclusivamente de propiedad de la cónyuje.

Sus rucas són por lo jeneral espaciosas i en la forma de un cono, cón una puerta baja i angosta la cual siempre permanece cubierta cón ramas; el interior compónese de tres galerias; en las de los costados tienen las gutantis, *camas*, en filas i separadas por lijeros tabiques de colihue; frente a cada división, i en la nave del centro, prende cada mujer su *cutal*, fuego, el cual le sirve para cocinar i demás necesidades domésticas; i afirmadas en las palizadas que forman los costados, mantienen las *cupulhues*, cunas de sus niños.

En el nacimiento de cada uno de éstos, el padre les obsequia un animal vacuno; cuando llegan a la edad de quince años, se encuentran cón un pequeño capital, del cual pueden disponer a su antojo.

A la primera mujer del dueño de casa obedecen las demás, i es llamada por él *Domuche* i a las otras *Iman Domuche*. Las madres les dicen a sus hijos o hijas, *Papas*, i *Peñi* a los hermanos, i cuando són de padre i madre *Peñihuen*, i *Picura* a los parientes lejanos; *Quempú* el yerno a la suegra; *cuñados* al tio paterno de la mujer i éstos a él de idéntico modo, i *Noño* a la abuela de la esposa.

Cuando llega la época del *puñen*, parto, se arrojan al agua ántes que nazca el sol i a la vuelta se estacionan a la entrada de la ruca, donde aguardan la primera luz i cuando ésta se derrama rubia i refuljente, dorando las oscuras cabelleras de las montañas, lanzan al aire una piedra, para que la creatura sea hermosa como un rayo de sol i salga lijera, como desciende el objeto arrojado.

Una alegre fiesta recibe al recién nacido, a quién ponen el nombre simbólico de alguno de sus antepasados, siendo éste el solo acto que le sirve de baustismo.

La armonía más perfecta reina ordinariamente entre las diferentes mujeres de los caciques, i rara vez los celos vienen a turbar la tranquilidad doméstica. Al frente o en los alrededores más próximos a la habitación, su dueño forma tantos cercos como damas tiene, i a cada cual le asigna el suyo, dándoles los elementos necesarios para su cultivo, el cual ejecutan por sí mismas, siendo como es natural, para sí también su producido; igualmente les dá una vaca para ordeñar; todos sus quehaceres los hacen por separado; solo se reunen cuando el cacique se encuentra cón deseos de celebrarse o de brindar a sus amigos con un *camarico*, fiesta, lo

cual sucede a menudo, i entónces las mujeres se esmeran en el *cumentucunturin*, ataviarse.

Los hijos de los caciques pueden casarse cón quién les plazca, no así los mocetones que tienen necesidad de pedir humildemente la mano de sus damas, siendo a menudo rechazados de un modo descomedido, sobre todo cuando no pueden ofrecer buenas i apetitosas pagas.

Por una acertada disposición del jefe de la frontera, ha cesado por completo el *lonco-dumo*, que consistia en la devolución de las especies dadas al casarse con más sus producidos en caso de muerte o fuga de la cónyuje; de lo cual se abusaba sin piedad, porque no solamente se cobraba el lonco-dumo, por muerte o fuga, sinó que se llevaba el abuso hasta cobrar cuando se repudiaba a la mujer, cón el pretexto de que no era de su agrado o era poco hacendosa.

Un dia llegó un novio a querellarse donde el coronel, contra los padres de su esposa, porque en medio de la algazara de la fiesta del noviazgo, habia huido cón otro sin que hubiera sido posible hacerla volver al abandonado tálamo; ella cón grán aplomo se excusaba diciendo que no sentia cariño por él, i que amando, como amaba a otro, habia resuelto, huyendo, romper un enlace que iba a traerle incomodidades i

desdichas para el porvenir, creyendo encontrarlo i mui feliz al lado del *mapuche* de su predilección.

Las indias són jeneralmente apasionadas, i en repetidas ocasiones se hán encontrado algunas colgadas de los altos robles, habiéndose arrebatado la vida con el propio *trarihuai*, ceñidor de lana de diversos colores i matices cón que se ajustan la cintura.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPÍTULO VII.

La comisión hidrográfica, visita a Epulef—El calcú-Pullàd, su enfermedad i causas—Los machitunes—El ralí i las hojas de canelo—Modo de curar a los adultos i los párvulos—El alhue, los espíritus buenos—La fiesta de la convalescencia—Importante papel de la Machi—Modo de colocar los cadáveres, i sus cajones, manera de ejecutar los entierros—Escavaciones en el fuerte de Temuco i su resultado—Rol del aguardiente en las fiestas—Las manifestaciones del dolor.

A despertar la monotonia del campamento de Villarica, llegó a fines de enero, la comisión hidrográfica, nombrada por el Supremo Gobierno cón el fin de ejecutar importantes trabajos en el territorio araucano.

Durante su larga jornada desde Angol, terminó algunos estudios de reconocida utilidad, habiendo fijado por el nuevo método telegráfico, las posiciones de Angol, Traiguén i Temuco, como asimismo las de los fuertes de Quino, Quillen, Lautaro, Pillanlelbun i Freire.

Exploró el Cautin, entre Lautaro i Temuco, e hizo algunos sondajes en los rios Quepe i Allipen.

La flora de la extensa e importante rejión

recorrida, mereció de parte de la comisión un prolijo e interesante estudio, a cargo de este ramo, iba el jóven Sage, uno de los discípulos predilectos del modesto sabio don Rodulfo A. Philippi.

Igualmente levantó el plano de la laguna de Villarica i de algunos de los boquetes más próximos, a aquellos puntos.

La competencia del jefe señor Alvaro Bianchi Tupper, secundado por los demás miembros, fueron desde el primer momento prenda segura de un éxito provechoso: todos aquellos interesantes estudios hechos irán a enriquecer los trabajos que periódicamente dá a luz la oficina hidrográfica, a cuyo frente se halla el señor Vidal Gormaz.

Entre los jóvenes que acompañaban a la referida comisión hacíase notar el laureado pintor don Ernesto Molina.

En las bellísimas perspectivas de aquellos admirables paisajes, iba a buscar lleno de fé i de inspiración los más delicados tonos para sus estimables lienzos.

Una mañana fuimos a visitar al cacique Epulef, después de una larga antesala, debajo de una gran ramada, se presentó el soberbio cacique cón la cómica gravedad de un monarca sin monarquía.

I como le manifestase Molina, el deseo de

hacer un bosquejo, ofreció para ello, a una de sus hijitas, simpática muchacha de unos doce años aquien habian puesto Rosita, colocada ésta en el centro de la ramada, se arrodilló sobre unos cueros durante un cuarto de hora en que elartista trabajó con tanta rapidez como entusiasmo i rodeado de todos, mapuches i-chilenos dió por terminada la sesión, a fin de que Rosita descansase.

Epulef que hasta entónces se habia mantenido alejado del novedoso grupo, se acercó, i fijándo sus severos ojos en el caballete, después de breves instantes de muda contemplación, meneando lentamente la erguida cabeza, esclamó, "es mucho mejor mi Rosita" agregando, ahora es necesario que todos se hinquen a mis piés, cón el objeto de elevar a Dios una plegaria, porqué de lo contrario Rosita se vá a morir por haber yó consentido en que ustedes le sacasen la cara, retratarse llaman los indios sacar la cara, reinó un momento de silencio durante el cual la ruda fisonomia de Epulef, iba sufriendo el influjo de la cólera, felizmente alguién salvó la situación, pasando al taimado cacique un vaso de aguardiente, argumento entre los araucanos sin réplica.

Epulef tocó después la guitarra, instrmento

frabricado por el mismo i de idéntica forma a las nuestras,

Habiéndonos despedido, luego supimos que Epulef nos habia creido pobrísimos pués habiamos llegado a su ruca a pié i sin la banda de música, a la cual són mui aficionados.

En uno de aquellos buenos dias, llegó a la tienda del coronel Urrutia un mapuche, en busca de amparo i justicia, acusaba a otro indio como Calcú, brujo, i de haber muerto cón sus maleficios a un hermano suyo: Pullad, penacho de roble sucumbió después de una larga i penosa enfermedad. Durante ésta, los más atroces dolores hacíale sufrir el Calcú, que era de nacionalidad arjentino. Por algún tiempo lo sentia continuamente en el estómago i solia sostener cón él grandes conversaciones, las cuales siempre terminaban por sérios disgustos.

Decíale el Calcú que habia sido contratado desde Buenos Aires por un enemigo suyo, quién le abonaba por su viaje i trabajos una regular soldada, que el objeto de su misión era terminar cón su existencia i que si accedia a sus súplicas, abandonándolo, perdía su reputación i lo que le era aún más sensible, la paga. Asi es, le repetia, *tengo que matarte.*

Por la noche alojaba en el estómago del infeliz paciente, i buscando mejor colocación para dor-

BIBLIOTECA AMER "JOSÉ TORIBIO MED

mir iba a estacionarse de preferencia en el extremo de la nariz, lo cual desesperaba al enfermo, quien al fin de dos meses de agudos sufrimientos, hubo de sucumbir a la implacable zaña del taima do Calcú, quién satisfecho de su obra i cón la gabetas llenas de escudos, se retiró a sus mapus allende la cordillera.

Las enfermedades cuyo oríjen atribuyen a los brujos són mui jenerales entre los indios i para curarlas emplean medios tan extravagantes como peligrosos.

Cuando un mapuche se siente atacado, casi siempre los brujos se aposentan en los estómagos; se reunen los parientes i buscan una *machi*, curandera, la cual llega donde el paciente munida de su *rali*, especie de pandero hecho de una fuente de madera cón una cubierta de cuero, sobre la cual golpean cón los *tupalihues*, palillos.

Las machis en vez de planchas o letreros, al frente de sus viviendas, tienen una rama de canelo plantada i colgando de uno de sus ganchos el rali, los tupalihues i un pedazo de cuero; cerca de donde tales arreos campean, las jentes pasan con el mayor silencio i respeto, temerosos de incomodar a la curandera i de excitar su animosidad, pues sin aquella se consideran perdidos en los frecuentes casos de

enfermedad que ocurren: Muchas veces las médicas sirven de dóciles instrumentos para hacer desaparecer sin cuidado alguno a los infelices, sobre quienes algún irritado vecino quiere satisfacer su venganza. Otras, suele morir de peste u otra enfermedad natural alguna persona, i sobre el primer individuo que pasa hacen recaer la culpa de la muerte i es perseguido, escapando milagrosamente si ha tenido la buena inspiración de acojerse al amparo de las autoridades.

La machi se hace acompañar siempre de dos personas, una, encargada de llevar la fuente cón hojas de canelo i un poco de agua, i la otra llevando en las manos, cascabeles que sirven para secundar el canto de la machi, la cual, revolviendo con variadas morisquetas el rali por sobre la cabeza del enfermo i entonando cón grandes visajes i aspavientos algunas coplas, *ghuls*, verifica la curación. De vez en cuando bebe en la fuente que contiene la infusión de canelo i arrojando al aire sus hojas i algunas gotas de agua sobre el rostro del paciente, permanece largos instantes arrobada en el más grotesco éxtasis.

Es una manera bién suave de curar, la que emplean para cón los niños, más, cuando se trata de un adulto, los medios són rigurosos i

por cierto infalibles para causar la muerte, en medio de grandes i crueles dolores. En este caso aplican a las espaldas i al pecho del embrujado, hierros candentes, cón el objeto de que salga el diablo: cón el dolor, el enfermo pierde como es natural el conocimiento, i cesa de lamentarse.

Entonces la machi, ufana de su obra, se vuelve hácia los parientes que rodean el lecho i cón toda la majestad del triunfo, les ordena salir en persecución del demonio.

En efecto, todos sálen en tropel i saltando sobre sus caballos, con descompasados gritos, repitiendo a diablo, a diablo, corren por la montaña durante dos o tres dias, hasta que envian a decirles que el diablo ha reaparecido o huido para siempre. En el primer caso los ayes del enfermo han vuelto a oirse; en el segundo ha pasado a mejor vida, lo que para ellos significa que algún espíritu bueno i compasivo lo ha librado de las tremendas garras del Alhue, que así llaman al diablo, denominando con el nombre de Pillan, indistintamente al espíritu del bien i del mal.

Terminada la ceremonia, la machi exije la remuneración de sus servicios tan eficazmente prestados, una vaca i algunas prendas de plata

van a compensar los estudios i sacrificios hechos en bien de la humanidad.

La familia del paciente celebra la convalesencia, como los funerales, con una estupenda bacanal, en la cual hace el principal papel la médica quien encabeza los bailes i demás ruidosas manifestaciones del caso.

Al dia siguiente si la víctima de la ciencia de la machi, há muerto, es colocada en un especie de batea formada por el tronco horadado de un roble, dentro del cual ponen el cadáver, tapando herméticamente las rendijas con greda i otras sustancias destinadas a impedir la penetración del aire, i si el tiempo en que las misqui-illes, manzanas dulces maduran, no ha llegado, cuelgan al difunto en la cocina expuesto al humo, a guisa de jamón, i en tan cómodo lugar i convenientemente hijénico esperan a que las manzanas estén en condiciones de exprimir abundante i sabrosa pulca. Cuando de ésta hai gran acopio, se procede a la ceremonia de darle sepultura, dentro la cual arrojan el tronco convertido en atahud, enterrando al propio tiempo las alhajas i trajes, como los griegos i romanos, muchas veces si es cacique el muerto, ponen el caballo de combate lujosamente enjaezado, con el objeto de que haga el viaje a los volcanes con la

mayor comodidad, i sin duda para el calor, colocan grandes jarros con aguardiente.

En el recinto que ocupa el fuerte de Freire, entre Temuco i Villa-rica, se encontraron algunos cadáveres, i dentro de las sepulturas varios objetos entre los cuales salieron, con gran contentamiento de los soldados, dos cántaros con aguardiente, lo que hizo que aquellos apludieran la manera que de enterrar, tienen los indíjenas.

Dicha bebida es la de preferencia entre los mapuches, i el rol que desempeña en las fiestas es de suma importancia, es el ajente para hacer verter abundoso i amargo llanto entre los dolientes, pues el que de borracho más llora, es el que más siente al difunto.

Aún en las fiestas que no son fúnebres, la cantidad del llanto dá la medida de la mayor o menor intensidad del contento.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO VIII.

Excursión al volcán de Villa-rica.—El camino de Pucong Paillin.—Mallohue Labquen i Challinca.—La ruca de Marcial Aviles.—El llano de Rucahue.—Un cementerio.—Las montañas de Achaco i de Tiltil. —La quebrada de la escoria.—El campamento.—La laguna de Villa-rica.—Quechurehue i Caburhua.—El Llaima i el Lonquimai.—Los rios de escoria i lava.—La primera sábana de nieve.—Las grutas de hielo.—Los ventisqueros.—Trabajos de la comisión hidrográfica.

El señor Bianchi, acompañado de su digno segundo don Gaspar Garcia Quintana, partieron desde el campamento de Villa-rica, en las primeras horas del dia 15, fecha de dulces e inolvidables recuerdos, en cumplimiento quizás de uno de los puntos más importantes de la comisión que a sus claras intelijencias confiara la Oficina Hidrográfica de Santiago; aceptando tan grata compañía, marchamos también, con el alma henchida de esperanzas, en pós de extrañas i desconocidas emociónes.

En efecto, se iba a ensayar una ascención al volcán, la que para nosotros tenia tódo el encanto de la novedad del fantástico paisaje que ofrece su jigantesco cono, perpetuamente en-

vuelto por la nieve, i que desde nuestra tienda admirábamos todos los dias, buscando en su encantadora perspectiva, la manera de sacudir la pesada monotonía de la vida pasiva en campaña.

A las 7 A. M. atravesamos el estero de Rehuelhue, primera línea fronteriza marcada por el soberbio Epulef, al penetrar a la arruinada ciudad colonial; momentos después nos internamos en la primera montaña, que sirve de fresca i sombria portada al camino de Pucóng, situado en el extremo sur-oeste de la laguna a nueve leguas del nuevo pueblo, i en cuyo paraje se estableció un almacén con víveres para el consumo de las tropas que en dirección al boquete de Trancura, fundaban el fuerte de Paillin.

El trayecto se hace orillando a veces la hermosa laguna de Villa-rica, que los indíjenas denominan de Mallohuelabquen, mar de tierra blanca, para volver a entrar a la montaña tan imponente como pintoresca.

La parte que daba a la playa, se veia llena de avellanos que con sus rojos frutos, como lluvia de corales azotaban sus flancos, tapizados con blancos copihues i demás enredaderas, luciendo los más abigarrados i brillantes colores; de trecho en trecho, alguna cascada ofrecia en

ancha tasa de piedra i musgo cón que saciar la sed, i la sombra de sus grutas, agradable amparo contra el candente arenal de la desierta playa.

A las doce M. llegábamos a Challinco, i descendiamos de nuestros jadeantes caballos, a las puertas de la ruca de Marcial Aviles, chileno que desde hace veinticinco años vive entre los indios, habiendo fundado una simpática familia *ladinos*; llaman asi los mapuches, a los que hablan el idioma español conjuntamente con el indíjena, o mas propiamente dicho, chileno.

Terminado un regular descanso, emprendimos nuevamente la marcha, llevando a Marcial como guia, cruzando por la reducción de Pajilef, león corredor, quien cuenta con quinientas lanzas; a nuestro paso por frente de las numerosas rucas que se alzan a orillas del camino, los indios se mostraban en buen número, notándose en sus cobrizos semblantes, tanta curiosidad como espanto, habíase propalado entre ellos el rumor, de que algunos huincas iban a subir al volcán con el objeto de corretear al Alhue i hacer una visita al cacique que vive en su hirviente seno; asi, cuando uno de nuestros asistentes se acercó a una india para pedirle un poco de agua, aquella arrancó con la velocidad

de un gamo, gritando espantada *nie lai co, nie lai co*, no hai agua, no hai agua.

No solamente para aquellas rústicas jentes, éramos seres sobrenaturales sinó que hasta para el buen Marcial, debiamos oler a azufre, pues en repetidas ocasiones pudimos observar se santiguaba, sobre todo cuando concluia de satisfacer las numerosas preguntas que se le dirijian.

Al concluir la reducción, penetramos al extenso i pastoso llano de Rucahue, comarca de las rucas, en su centro encontramos un Eltun, cementerio, el que se componia de un cuadrado, en medio del cual habia un poste i en un extremo, imitado con gran perfección un sombrero alto, como jeneralmente colocan en todos sus cementerios; aunque en algunos tallan grotescas figuras de mujeres u hombres, empleando un voluptuoso lujo en el detalle de las formas.

Algunos trozos de madera, imitando lápidas, habia esparcidos sin órden ni simetría, sin una línea o señal sobre ellos, sólo en el poste central habia una ancha lista roja.

Nuestro guia nos aseguró, i ello era perfectamente vorosímil dadas las costumbres, que en ese Eltun habia mucha plata en alhajas, pero que estaban seguras, en tan desamparado

lugar, como en el más poderoso banco. Nadie osaria, agregó, profanarlo, pues recibiria en el acto la muerte, i mucho ménos los huincas desde que, no obstante nuestra mancomunidad de vida, se nos vijila incesantemente, como si fueramos prisioneros de gran valía.

A las 4 P. M. franqueábamos la espesa montaña de Quilimun, para continuar por la de Achaco i la de Tiltil, ésta última nos trajo a la memoria gratos aunque dolorosos pensamientos.

Recordamos que léjos, al pié de otra montaña del mismo nombre, se eleva un modesto túmulo que perpetúa el recuerdo, del sitio donde uno de los héroes de nuestra independencia cayó víctima de mezquina emulación, i a cuya memoria, en época no lejana alzamos humilde canto, como tributo de admiración por su fama i de dolor por su infortunio.

Saliendo de Tiltil, llegamos a una pastosa llanura, sombreada por numerosas avenidas de cohihues, colocados con tanto arte cual si fuera un suntuoso i cuidado parque, i al que denominamos Pillan-parque—a sus costados corria una profunda quebrada llamada Ñepañilhue—escoria. Después de tres horas de fatigosa marcha por senderos jamás traficados i guiados por las huellas de los animales que pacen

en las solitarias colinas, llegamos a Rinancó, al pié del volcán en donde se preparó el campamento.

Instaladas nuestras tiendas en el nacimiento de Ñepañilhue, al rededor de una vigorosa fogata, transcurrió parte de la noche en franca i amena charla.

Los más importantes acontecimientos de la guerra desfilaron cón su brillante cortejo de heróicos hechos. Bianchi i Garcia comandaban las lanchas-torpedos que tan buenos servicios prestaron al frente de las fortalezas del Callao. Jefes de la *Fresia* i la *Colocolo* respectivamente, nos refirieron interesantes detalles sobre los combates que diariamente sostenian con las lanchas enemigas, en uno de los cuales la *Fresia* recibió, como se sabe, un cañonazo, que casi la hizo zozobrar, sólo debido a la serenidad de su jóven comandante, fué salvada.

De vez en cuando el agudo relinchar de las cabalgaduras venia a interrumpir tan agradables instantes.

Durante la marcha habíamos podido notar frescas huellas del león que en aquellas abruptas soledades abunda. Quizás atraido por los vivos resplandores de los fuegos se aproximaba, por eso los caballos, inquietos, con las

orejas alzadas, daban tan visibles muestras de temor.

Prevenidos convenientemente, para un probable ataque del rei de las selvas, pasaron las horas restantes de la noche, felizmente sin novedad alguna; i cuando la primera azulada claridad del alba desplegándose cual sútil i vaporosa cortina sobre los valles cuajados de árboles seculares, i el primer rayo del sol quiebrando su viva luz sobre las nieves eternas del volcán, vinieron a anunciar que llegaba el anhelado momento de empezar la ascensión, levantamos el campo i llenos de ardoroso entusiasmo nos pusimos a la obra.

Como aún distábamos de la imponente rejión de las nieves, a las 12 M. empezose la subida a pié. Desde ese punto se dominaba una grán parte de la Araucania; no obstante que el horizonte oscurecíase por el fuego que prenden a los bosques para las siembras, percibían se distintamente las diversas líneas de fuertes que aseguran la total pacificación de tan rica como vírjen rejión.

Desde ahi se diseñaban, como tersas i lucientes láminas de acero, las tranquilas superficies de las lagunas de Villarica, al norte la de Quechurehue, i al nor-este la mayor de todas, la de Caburhua i que por su forma, semejante

a un par de alforjas, es sin duda la que Rosales llamó de Epulabequen, dos mares "que por su grandeza lo parecen i arriba toqué ya lo singular de ellas i la batalla que los españoles tuvieron, naval, peleando todo un dia con los indios, que se habian hecho fuertes en una isla que hace en medio de estas lagunas, donde los alentaron a pelear contra los españoles dos holandeses que se habian venido de Valdivia cuando Enrique Brun vino a poblar aquella ciudad, i un negro que despues que los españoles la poblaron se huyó del hospital.

Estos en tierra del enemigo se armaron contra los españoles i animaban a los indios a pelear valerosamente, capitaneándolos i prometiéndoles la victoria. I lo que más los animó a pelear i a hacer tan valiente resistencia, fué el haber consultado los hechiceros al demonio ántes de la batalla i haberles respondido que peleasen hasta morir; que seria suya la victoria.

I en todo les mintió el demonio, aunqué salió verdadera su equivocada respuesta pues pelearon hasta morir i salió la victoria suya, del demonio, que salió victorioso de tantas almas de infieles como se llevó en aquella ocasión. Escapáronse los dos holandeses i el negro en las canoas, saliendo a la otra parte del mar o de

la laguna, i caminando por las pampas vinieron a salir a Buenos Aires, que por allí es camino llano i breve."

El Llaima i el Lonquimay, éste último, apagado, destacaban soberbios sus elevados picos, hácia el norte en la misma dirección del de Villarica.

Caminábamos encantados de la sublime belleza del paisaje, que venia a aumentar su interés, la vista de diversos rios de escoria i lava, que con el transcurso de los tiempos, i semejando a las encrespadas ondas de embravecido mar, han quedado, inmóviles ofreciendo las más extrañas i caprichosas formas.

A las 2. 10. P. M. cruzamos la primera sábana de compacta nieve i a las 2 $\frac{3}{4}$ la segunda, que medía ochocientos metros, i a las 3. 55. llegamos a la primera meceta i ancha faja de tierra, que se alzan como una sombra en medio de la blancura de las nieves.

Para salvarlas, nos vimos obligados a seguir la misma lijera huella que Bianchi abriéra cón penoso trabajo, teniendo necesidad de servirnos de la propia sombra, como guia, a fin de evitar en lo posible el fuerte reflejo del sol que dolorosamente hiere la vista.

A la derecha de nuestra peligrosa e inexplorada ruta, veíanse inmensos i colosales trozos

de hielo, formando las más encantadoras grutas, en cuyos transparentes senos se dibujaba en toda su admirable pureza, el límpido azul del cielo, que con la brillante i rubia luz del sol, combinaban variados i pintorescos matices.

Después de muda i asombrada contemplación en ese antro de los hielos, tranquilo i majestuoso, empezamos la tercera jornada, la más llena de peligros, por su proximidad al cráter.

No bien hubimos aventurado unos cuantos metros, un obstáculo insuperable nos barria el paso, un ventisiquero cruzaba, por aquel sitio, su resbaladiza i dura superficie impedia el avance, los bastones con sus agudos i acerados picos no eran suficientemente poderosos para abrir huella, como si la serie de dificultades que desgraciadamente palpábamos no hubieran sido suficientes para desalentar nuestro empeñoso afán por ascender, en los própios momentos en que se discutia sobre el partido que debia tomarse, Bianchi sintiendo removerse la nieve bajo sus plantas, rodaba con vertijinosa rapidez, llenos de asombro, lo vimos aproximarse al abismo.

Con gran ansiedad observábamos el rápido progreso del descenso, i cuando solo faltaban unos cuantos metros para desaparecer a nuestra

vista, pudo felizmente detenerse, enterrando el acerado bastón en la nieve.

Un grito de alegria, al cual respondieron los nuestros, repercutiéndose sonoros por los dilatados ámbitos de la colosal montaña anunció su salvación, eran las 4,30 P. M.

En ese momento estábamos a dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar i a mil ochocientos sobre la base del volcán; vista la absoluta imposibilidad de dar buen término a tan aventurada expedición, i después que Bianchi, con el pesado teodolito, que sobre las espaldas se subió, hubo practicado útiles e indispensables marcaciones sobre las lagunas i volcanes, i demás puntos visibles e importantes, empezamos el descenso, no sin haber, antes de abandonar tan bellos sitios, formado la bandera nacional, empleando para ello un poncho rojo, que extendido en la nítida blancura de la nieve, sobre la cual se reflejaba el azul del cielo, combinaba de una manera irreprochable los alegres colores del invicto pabellón de nuetra hermosa patria, i diseñando en oportuno lugar, con nuestros bastones, una colosal estrella, bautizada con un hurra, volvimos al campamento a donde llegamos a la $6\frac{1}{2}$ P. M.

BIBLIOTECA NACIONAL

CAPITULO IX.

Los nuevos fuertes.—Apertura de caminos.—La ribera del Allipen.—El cacique de Maile, Painemilla i Antihuil.—Los montes de Quilen-quilen.—El estero de Chosico i las selvas de Viluco.—Huenu.—La caza del venado.—Thrupulen, fortaleza en la montaña.—El cacique Cotar i Estéban Romero.---El valle de cumco.—Visitas de los caciques Queupul.---Namuncura Reumay i Tralcala.—El cólu i su uso entre los hombres.---El nuevo fuerte i el Llaima.

Con la acertada fundación de los fuertes de Freire, Villa-rica, Paillin i Meuquen, lo que por tanto tiempo se acariciaba como un hermoso sueño, convirtióse en la realidad. En efecto, la total pacificación de la araucania es un hecho innegable, sólo faltaban a obra tan grandiosa, algunos detalles que, aunque de algún valor, bien pudieron dejarse para mejores tiempos.

Pero, en el ánimo levantado del jefe de la frontera, a quien debe el pais tan fatigosa como importantísima campaña, velaba incansable la idea de dar cima a la gran jornada, con el establecimiento de un fuerte i la consiguiente apertura de algunas sendas que cruzasen una rejión

de suelos aun inexplorados, como los situados en la ribera del Allipen, hácia las cordilleras.

Con tal objeto, el dia 6 de marzo reunióse el coronel Urrutia en el balseaderode aquel rio, a una pequeña división, compuesta de doscientos hombres del batallón Ñuble, que manda el pundonoroso comandante Contreras Solar, i que entónces iban a cargo de su digno segundo, el laborioso e intelijente mayor don Luis Enrique Gomez, antiguo i culto periodísta. Al amanecer del siguiente dia, arrostrando una lluvia torrencial, emprendióse la marcha, atravesando quizás por los más feraces campos del vasto i rico territorio indíjena; a poco andar se presentó el jóven cacique de Maile, Paine-milla—oro celeste— mostrándose un tanto alterado, al ver que por vez primera invadian tropas sus dominios, sin haber pedido ántes la respectiva licencia. Dadas algunas explicaciones por el jefe, quedó aquel más tranquilo, i siguió su ruta la expedición.

Las valiosas propiedades de Paine-milla son de un gran porvenir; comprenden una extensión como de cinco leguas de largo por tres de ancho, i son jeneralmente de una calidad envidiable, cerradas al norte por cerros altos i difíciles i por el sur con las profundas barrancas del Allipen, donde también posee algunos ter-

renos el anciano cacique Antihuil,—coipo al sol—quien por sus muchos años, abdicó el mando en Paine-milla.

Los caciques ordinariamente, cuando sienten que la nieve de los años empieza a helar el fuego de sus encorvados pechos, i antes que los mocetones sorprendan el consiguiente decaimiento de sus brios, ceden el mando a los más jóvenes, i concluyen tranquilamente sus dias, rodeados del respeto i la consideración de sus tribus.

En la mitad de aquel dia, la espesa e imponente montaña de Maile, nos obligaba a detener la marcha; alzáronse las tiendas i las tropas deponiendo sus armas de combate, alegremente empuñaron el hacha, la pala i la picota. , i dirijidas por animoso jefe desaparecieron entre el tupido follaje del sombrio bosque, durante algunas horas, i semejante al extraño ruido de una batalla, oyose el seco i rudo golpear del hacha en los añosos troncos, que caian con gran extrépito en medio de la alegre griteria de los soldados, quienes infatigables abrian cómoda senda en la enmarañada selva.

Poco a poco los récios golpes oyéronse más distantes, hasta apagarse lentamente, i jadeantes apoyadas en sus herramientas, las tropas cón ánimo resuelto i complacido vieron desfilar

el convoi de numerosas carretas; i al morir el sol entre los verdes penachos de los cóhihues, robles i pinares acampó la división en las boscosas orillas del estero de Pehuel,—donde florecen los robles.

Durante los dias 9 i 10, los montes de Quilenquilen,—aguilucho,—detuvieron la marcha nuevamente, lo que se hizo al pié del riachuelo de Chosico, agua de choroyes, para proseguir a la diana i establecer el campamento en la mitad del dia en Viluco, culebra de agua.

El cacique Huenu-Pichun, pluma en el aire, señor de aquellos mapus, presentóse al siguiente dia, precedido de su *Thutuca*, que alegre extremeciendo los bosques con sus agudos sones, anunció su llegada.

El cacique rodeado de un centenar de apuestos mocetones, luciendo los más abigarrados trajes descendió en la tienda del coronel; después de larga i expresiva arenga i de un galante cambio de salutaciones, retiróse Huenu-Pichun, prosiguiendo su ruta las tropas hasta detenerse ya entrada la noche en Chiñico.

Antes de abandonar aquellos agradables sitios, algunos soldados dieron lijera caza a un venado, que en rapidísima carrera cruzaba aterrorizado el poblado bosque: estos animales se encuentran en buen número en las tierras arau-

canas i a pesar de que su carne es sabrosa i mui apetecida, los indíjenas descuidan su caza; éstos en nada trabajan, las mujeres llevan el peso abrumador de proveer a la respectiva manutención; sólo para maloquear sacuden su eternal pereza para saltar sobre sus caballos. Siempre maloquean por la noche i en las más tormentosas.

En los dias 12, 13 i 14, acampó la animosa hueste en las inmediaciones de las cordilleras de Thrumpulu, en cuyos empinados flancos creen los mapuches existe una fortaleza, la que cón sus broncos i ásperos rujidos les anuncia el mal tiempo.

Preguntamos a nuestro guia Paine-Pichun, pluma celeste, el oríjen de tan absurda creencia i nos refirió que en el calizo seno de una alta roca que se levanta en la cima del cerro, habíanse refujiado algunos guerreros de los que con tanta bizarría defendieron el territorio en la época colonial i que por medio de los sonidos que se escuchan amenudo, les recuerdan el deber que tienen de velar, i luchar infatigables por la honra e independencia de la tierra.

En la madrugada del dia quince, púsose en marcha la tropa, cruzando las montañas de Chiñico i Quepelco. El dueño de la primera, que lo es el cacique Cotar, vive completamente

aislado en sus solitarias rucas, único descendiente de uno de los mas bravos campeones de la *tierra*, pasa su vida acompañado por unos cuantos threguas, perros, su padre i algunos de sus deudos perecieron, batiéndose esforzadamente en la sublevación del año pasado.

Refiérese que el viejo Cotar se negaba a tomar parte en aquel alzamiento, pero que el cacique Estéban Romero, que pasa por el diplomático mas sagaz entre los indios, lo indujo a a ello, halagándolo con numerosas i brillantes promesas, agrégase que lo hizo decidirse la oferta que aquel le hiciese de una de sus hermosas hijas, para esposa de uno de los suyos.

En la refriega en lás inmediaciones de Temuco, fué muerto Cotar i su hijo mas jóven; el actual cacique creyéndose con derecho, aunque entrado en años, quiso aremosarse—los viejos jeneralmente buscan para mujeres las indias mas jóvenes, creyendo de esa manera adquirir mas vigor i prolongar la vida: por eso es común ver ancianos valetudinarios, enlazados con jovencitas de trece a catorce años—Cotar conforme a los derechos adquiridos por el Lonco-Dumo, cobró la pérdida de su padre i la de su hermano, exijiendo por ellas una buena cantidad de animales vacunos i cabalgares, además de

algunas prendas de plata, como es de costumbre.

El astuto heredero de Colocolo, no creyendo oportuno ni conveniente hacer tan crecido desembolso i tomando en consideración el pobrísimo resultado del levantamiento, limitóse a entregar una de sus hijas como habia pactado con el difunto cacique. Cotar aceptó gustoso tal decisión, más anduvo con tan pobrísima fortuna que a los pocos meses perdió a la jóven desposada, víctima de la peste, flajelo que constantemente causa grandes estragos.

A la caida de la tarde de aquel dia, acamparon las tropas en medio del alegre llano de Cumco, agua roja, donde empezáronse los trabajos necesarios para la construcción de un fuerte, sobre una suave i extensa loma, situada entre dos esteros bordados de espesos montes.

Luego vinieron numerosos indios a saludar al coronel Urrutia i a preguntarle por lo que iba o pensaba hacer. Uno de los caciques Queupul dueño de aquella heredad, manifestando su gran asombro por tan inesperada visita dijo: "Nos hemos llevado reunidos toda la noche, alrededor de los fuegos, preguntándonos que vendrian a hacer cón nosotros, los huincas; porqué venian a cruzar nuestros libres campos, ¡dónde hasta hora, planta alguna de español habia hollado, los

árboles seculares, agregó, han perdido sus hojas, los esteros i los rios han cambiado de lecho, sobre los terrenos ántes enteramente limpios han brotado grandes e impenetrables selvas, a los bueyes se les han caido los cuernos de viejos i nada aún habia sucedido; pero hoi, después de tantos años llegan los huincas a arrebatarnos nuestros suelos i a levantar pueblos sobre ellos; para quitarnos nuestras costumbres i turbar la soledad de nuestro modo de vivir.

El coronel contestó que su Gobierno también se habia llevado pensando, sobre los que pretenderian los indios de estos valles aún inexplorados, al tomar activa parte en el último movimiento, i porque, estando tan distante de Temuco, prestaron el concurso de sus numerosas lanzas, i después de mucho pensar agregó, ví que lo que los indios necesitaban era un fuerte, por consiguiente deseando complacerlos en todo, lo habia llamado, diciéndole coronel vaya a cumplir los antojos de aquellas buenas jentes i ya que por su ayuda en el levantamiento pasado, sacaron fuerte, constrúyales uno, para no descontentarlos, esta es la razón, concluyó, de mi venida.

Los mapuches, que al principiar a hablar el coronel, maliciosamente empezaron a sonreir, lanzaron una expansiva i sonora carcajada i

manifestáronse contentos, considerando justo i benévolo el procedimiento del señor Gobierno.

Entre los visitantes vinieron los famosos jefes Ruque, Nanuncura, pié de piedra, Huilchao i Tralcala, los dos primeros tan codiciados i perseguidos por los arjentinos, llegaron ataviados con el mayor lujo posible, hasta en las tuzas de los caballos habian formado graciosos quechucahues, estos se componen de diversas figuras, jeneralmente en forma de dados, que hacen con tijeras, en las crines del animal, lo cual es tenido por de gran tono, hai entre ellos muchos que se dedican exclusivamente al arte de hacer quechu-cahues, cinco dados, como entre nosotros, al capilar. Otros se aficionan al cólu —pintar las cejas i mejillas con *cumi*—rojo, *curi* negro, o *cadi* gris, además se afeitan con afiladas conchas, las cejas, dejándose una línea apénas perceptible, las mujeres ordinariamente se pintan de rojo i las que enviudan, de negro, hasta que no vuelven a contraer nuevos exponsales.

Entre los indios las viudas son un tanto despreciadas, i han de ser mui hermosas o han de poseer muchos animales para que consigan novios.

No obstante las continuadas lluvias i nevazones, los animosos soldados del Ñuble, que como los del Angol, eran infatigables en el trabajo,

continuaron la árdua tarea de la construcción del nuevo fuerte, que dista nueve leguas del de Llaima, i como éste por su avanzada posición en las cordilleras hace imposible su mantenimiento en la época de invierno, su guarnición se retirará a Cumco hasta la primavera.

Ambos fuertes dependen del de Freire que es el mas central de los del sur, i en donde hai reconcentrada una gruesa guarnición para cualesquier evento.

Comunicado con Temuco i el resto de la República, por el hilo telegráfico, es de una gran importancia i hace fácil i expedito todo movimiento de tropas i bagajes entre los fuertes de Villa-rica, Pucóng-Paillin, Meuquen, Cumco i Llaima.

Este último se halla situado en la orilla del Allipen, en medio de una dilatada i pastosísima vega, al frente vénse los cerros de Anguilen, montes de palos secos, i los de Mathimue, donde gritan, los cuales forman una gradería que suavemente va a concluir al pié del volcan, éste se mantiene tranquilo, no así el año de 1864 que arrojó gruesas columnas de humo i llamas que subieron hasta tres mil metros sobre su cráter. Su nombre, según los indíjenas es el de Chañel, dedo, por la forma aguda que primitivamente tenia, pero en el año de 1876 hizo una

gran erupción i hasta a treinta leguas en contorno, cayó arena i lava, derrumbándose su cono, hácia el norte. Muchas rucas fueron destruidas i sus habitantes perecieron abrasados en los mares de candente lava que se desbordaban de sus ígneos bancos.

El cráter perdió su forma de Chañel, i acaso por esta razón se llama hoi Llaima, que significa acequia grande, como que en su cima se ve una profunda grieta que la divide.

El dia 26 i arrostrando un fuerte temporal que hacía 15 dias se habia con gran furia desencadenado sobre aquellos valiosos valles, volvióse el coronel Urrutria a Temuco, agua de temo, para apresurar el relevo de los diversos destacamentos extendidos en la línea de fuertes en el extremo sur del territorio indíjena.

Lo cual efectuóse con gran lentitud a consecuencia del pésimo estado de los caminos, convertidos por las recientes lluvias en peligrosos lodazales. Las lanchas del Allipen i del Toltén fueron arrastradas por las impetuosas corrientes, pereciendo en la primera, un cabo del batallón Ñuble, i en la segunda, un sarjento i dos soldados del Angol. La lancha del Toltén pudo salvarse aunqué a una gran distancia, evitándose así los graves perjuicios que habria ocasionado la demora en la construcción de unanueva,

CAPITULO X.

De la propiedad entre los araucanos.—Su agricultura, oficios. —Las fiestas.—La chueca i su significado-guerrero.—Los jóvenes i el Pilmatún.—Los juegos del 28.—La música.

Entre los araucanos el derecho a la propiedad i su correspondiente división, propiamente hablando no existen. Los caciques poseen grandes fajas de terrenos, habiéndose trasmitido a ellos su dominio, por la tradición oral, lo que no impide que muchas veces el derecho del mas fuerte impere sobre el que parece acatar la leyenda, la division es antojadiza, un cerro o un bosque son ordinariamente los límites, lo que no es inconveniente para que dos o mas caciques vivan i disfruten de terrenos situados en una misma área, como sucede con los del cacique Painemilla en la ribera del Allipen, donde también posee sus propiedades un viejo Antihuil: algunas veces se abandona un campo e inmediatamente se apropia de él el vecino o quien quiere, i cuando pasados largos años de tranquila posesión i disfrute, vuelve el que lo hubo abandonado; sin avisar o pedir permiso alguno llega a insta-

larse, como ha sucedido últimamente en los campos inmediatos al fuerte de Llaima. El cacique Reuque que los abandonó hace cuarenta i mas años para ir a establecer sus tolderias en las pampas arjentinas, de dónde ha sido arrojado por las tropas del jeneral Villegas, ha vuelto i posesionándose de la mejor ruca se estableció con sus mocetones, sin que tan repentina invasión produjese la menor alarma ni protesta; como el derecho de propiedad no está determinado claramente, justo es que el de prescripción tampoco exista, por lo demás son tan extensos aquellos feraces campos i comparativamente tan reducida la población i escasísimos los trabajadores, que quizas a esto se debe, el que cada cual hace lo que mejor le place, evitando de esta sabia manera los pleitos que sólo sirven para disminuir las heredades en provecho de terceros.

Cada cacique dentro los límites de lo suyo, asigna una pequeña extención de terreno a cada uno de sus mocetones, cuyo número varía según los haberes de aquellos, elijen siempre los cercos, a inmediaciones de la ruca del jefe respectivo, pero algo distantes unos de otros, asi mantienen la libertad más absoluta i evitan la chismografia del vecino i sus consiguientes indiscreciones: cuando ejecutan algún robo

nadie puede observar lo que llevan a sus habitaciones, donde sus familias devoran la especie robada, que casi siempre es algún caballo, cuya carne prefieren a la del animal vacuno i lanar. No tienen obligación alguna de trabajar para el cacique, i sólo acuden a su llamado cuando aquel necesita del concurso de sus lanzas o se trata de alguna fiesta o de ir al encuentro de nuestras autoridades, a lo cual son aficionados en extremo, guiados más que por el instinto de la curiosidad, por la esperanza de las chauchas, que los enloquecen i por los cigarros.

Cuando algún jefe de reducción muere, sin dejar sucesión, se adueñan de sus propiedades jeneralmente los vecinos, los parientes si es que han vivido lejos no alcanzan nada, puesto que los más cercanos han tomado posesion de la herencia i como es costumbre el quemar las rucas donde alguno fallece, no queda vestijio del ajuar ni de las prendas, ni aún pueden recuperarse los animales, desde que no usan marca de fuego para distinguirlos, algunos indios llevan marcados sus caballos, pero éstos son de los que maloquean a los arjentinos; como maloqueados parece que no son escrupulosamente respetados, viéndose que la mayor parte de los robos cometidos, recaen sobre ani-

males que ya han sido robados, sucediendo muchas veces, que un caballo vá de poder en poder peregrinando, hasta volver nuevamente al del primer maloqueador.

La agricultura es desempeñada por las mujeres, raras veces los hombres se dedican a ella, las siembras son reducidas, calculadas escasamente para alcanzar a las necesidades de cada familia durante el año, no quedando nada para vender, a tal extremo que cuando se establece algún fuerte i acuden a vender legumbres o granos; con el objeto de comprar aguardiente i no con el de vestirse o alimentarse, luego esas jentes se ven reducidas a la miseria porque la manutención se les agota, viéndose entonces obligados a vender sus animales vacunos i lanares, pero nunca sus caballos, solo los venden cuando tienen algún defecto que los imposibilita para su uso, si esto sucede lo llevan a los fuertes, pasándolos ántes por los barriales, a fin de que no se les observe i conozca el defecto que tienen, el que casi siempre está en las manos i patas, i a fin de darse aires de importancia i que se considere como un gran servicio la venta, piden fabulosos precios i aunque se acceda a ellos, se retiran para pensarlo mejor, volviendo despues a cerrar trato, como los interesados han aceptado el pri-

mitivo precio por seguir adelante la farsa del indíjena, arrepiéntense, concluyendo aquel por vender el animal por el precio, en que realmente es posible enajenar un animal, en dudosas condiciones de servicio.

Cultivan papas, *pogni*, i trigo con lo cual hacen sabrosa *murgue*, harina tostada, i *muchi*, mote, tienen una especial predilección por las habas i las arvejas, que constituyen su principal alimento, condimentado con cilantro.

Entre los indíjenas, la linaza represénta un importante rol: fabrican abundantes mul-lu-*pan de linaza*, especie de tortas, que solo en las grandes fiestas se permiten engullir con marcada delicia i contentamiento:

Cultivan también la cebada, peró en pequeñísima escala;

Al rededor de su mulehues-habitaciones, tienen una buena cantidad de *achaguales*-gallinas, cuyos currans, huevos, venden a cuatro por chaucha, i pavus, *pavos*, i chanchos.

Las gallinas i los pollos son más baratos que los huevos, no así los pavos, i cuando venden alguno, lo que es mui raro, piden quechu i cayu, pesos, cinco o seis pesos.

Los mercaderes anbulantes se hacen vender todo tan barato, que bien podria decirse que de

valde; llegan a una ruca con una carga de aguardiente de ballico, i media hora después ha empezado la zambra, i cuando renace la calma, el comerciante ha desaparecido sin licor por cierto; pero cargado con cuanto ha querido comprar, los indios, hombres i mujeres, aunqué muestran la mayor tenacidad en no querer enajenar algo, cuando han empinado uno o dos platillos con aguardiente, venden hasta sus propios hijos, si les tuviera al comprador, cuenta, el mercar con ellos: muchas veces van los mapuches a los pueblos con el objeto de comprar i a divertirse, i cuando el dinero se les ha agotado, i sienten mayores deseos de diversión, dejan en prenda a sus hijos, por uno o dos pesos, viniendo dia, después por ellos.

Los comerciantes, que como los fáltes, ván de puerta en puerta, són mui considerados, permitiéndoles alojar dentro de las rucas, lo cual es una señalada concesión; algunas veces no sálen a fin de borracheras, mui bién parados, como sucedió a uno, que habiendo pernoctado en una ruca, donde habia una anciana atacada de una fiebre aguda, i como en medio de la algazara i la alegría de las repetidas libaciones, le dieron a la enferma una buena dósis de aguardiente, aumentó la fiebre de tal modo, que desesperada saltó del lecho, todos huyeron

aterrorizados al verla, quedando sólo el comerciante, quién sin inmutarse ni por los alaridos i extraños visajes de la anciana, corrió a detenerla, tomándola por la cintura, en circunstancias que ésta encaramándose por las vigas del techo pretendia escapar. Sea que el comerciante tirase con más fuerzas que las necesarias o que la enferma, sintiéndose desfallecer, se soltase, cayó pesadamente, azotando la cabeza contra una piedra de moler, partiéndose el cráneo, lo cual le produjo instantáneamente la muerte. Cuando llegaron los deudos con remedios, i la vieron muerta i bañada en sangre, creyeron que el mercader la habia asesinado, después de darle una soberana paliza i dos o tres puñaladas, lo amarraron con el objeto de sacrificarlo al siguiente dia.

Felizmente para aquél, pudo desatarse, i a media noche emprendió la fuga, llegando al campamento de Cumco a refujiarse. A la mañana siguiente llegaron los indios a quejarse contra el asesino. Hechas las averiguaciones del caso, vióseque el comerciante no tenia culpa alguna, quedando suficientemente castigado con las heridas que le habian inferido.

Los indios para transportar sus cosechas se valen de mulas i caballos, pués no poseen carretas, sólo los que viven a inmediaciones del

territorio comprendido entre Traiguén i Angol, i que trabajan como inquilinos se sirven de ellas.

Para las cargas usan sacos que forman de las mantas i que prenden con espinas, los que atraviesan sobre sus cabalgaduras.

Mucho llama la atención en aquellos sitios la absoluta carencia de asnos, que podian prestar los mejores servicios. Durante nuestras largas i minuciosas excursiones en el territorio indíjena, jamás encontramos uno de estos animales, pudiendo afirmarse que en la Araucania no hai burros.

Cuando los mapuches, cortan maderas para sus rucas, las transportan en una especie de carreta, formada por dos largas vigas; uno de los extremos concluye en punta, a la que uncen los bueyes, i en la parte posterior atraviesan un palo; lo mismo lo hacen en el lugar donde comienza el pértigo i como este extraño vehículo no tiene ruedas, lo llevan arrastrando, lo cual los obliga a trabajar mucho, haciendo la tarea con una lentitud desesperante i desastando continuamente sus bueyes.

El oficio al cual algunos se dedican con resultados satisfactorios, es al de platero, desde tiempo inmemorial éstos han sido los únicos huincas que han sido admitidos en la tierra, gozando de grandes comodidades i considera-

ciones: de ahí qué muchos han aprendido el oficio, expidiéndose con igual o mayor perfección que los nuestros; en la reducción de Painevilu, en Maquegua, hai un primo de este, que es un verdadero artista, hemos visto espuelas, cachimbas i otros trabajos ejecutados con la mayor perfección. Un dia el mayor del Bio-Bio, el señor, Guecindo Soto, antiguo soldado del *cuarto* de línea, i uno de los animosos oficiales que escalaron la altísima i fortificada cumbre del morro de Arica, mandó a hacer una cachimba de plata, el artista pidió se le diera el modelo, como el mayor Soto lo dejase a su voluntad, después de un rato de pensar respondió, bueno, yo soñaré esta noche i según mis sueños será la forma i los dibujos de la obra, pocos dias después se apareció trayendo un hermoso trabajo, una cachimba perfectamente concluida, graciosamente cincelada, i al rededor del recipiente, una elegante cabeza de caballo, con sus respectivas cabezadas i riendas, todo de un gusto exquisito.

Estos trabajadores ganan la vida de una manera holgada, pues los araucanos cuántos peso fuerte o chaucha tienen, los reducen a prendas, de ahí nace la idea que muchos tienen, sobre las riquezas de los minerales de plata en la araucania, al ver a los indijenas ricamente

adornados de plata, han creido en la existencia de abundantes veneros, no siendo aquellos, otra cosa que las monedas que se acuñan en la Capital.

También se dedican los indios a hacer tejidos con cuero de caballo i de guanaco, como riendas i pretales, i hacen botas de cuero de yegua, lo prefieren al del caballo, pues aseguran que salen las *humeles* mas blancas i lustrosas. Hemos visto algunas que parecian ser de seda por su brillo i blancura: aunque esta clase de calzado yá poco se usa, desde que se han establecido las líneas de fuertes i los comerciantes han expendido en grandes cantidades, botas de becerro. Viéndose a la mayor parte de los indios con ellas, lo mismo que con sombreros de paño, desterrando el poético i tradicional Traililonco, esto sucede comunmente con los que viven en las inmediaciones de los pueblos o los fuertes mas importantes, al rededor de cuyos recintos, se establece con gran prontitud una colonia de negociantes, los cuales levantan en pocas horas, una lijera población.

Es sabido que cada vez que se establece un fuerte, los indíjenas que viven mas cerca, empobrecen i se extinguen con la mayor celeridad, pues empiezan a vender desde las gallinas, para concluir con los vacunos, el aguardiente es la principal causa, que los reduce a la mayor

miseria, por eso en los comienzos de la fundación de un pueblo, el tráfico es inmenso i el comercio ilimitado, a los pocos meses va cediendo éste hasta que vuelve a reinar la tranquilidad más absoluta, entónces los comerciantes emigran. Hoi dia el pueblo más concurrido i de mayor movimiento comercial, es el de Temuco, siendo uno de los principales comerciantes el distinguido caballero alemán don Federico Greves, éste digno señor a quien debe grandes servicios la Frontera, se estableció primero en Collipulli, i cuando el terrible flajelo de la peste azotó aquel pequeño pueblo, levantó a sus exspensas un lazareto, i personalmente secundado por el padre capellan Rondini; cambatió la epidemia haciendo toda clase de sacrificios, guiado por el noble amor a la caridad i por su entrañable afecto a Chile: otro apreciable caballero de la misma nación a quien deberá la localidad el uso del agua corriente, es el señor don Juan Strauss: Temuco en poco tiempo mas tendrá un molino i un canal de regadio para su improvisada i pintoresca población, i como es el pueblo mas central, será indudablemente el más importante de la frontera araucana: entre los muchos que se han levantado i que se fundarán mas tarde en tan rica rejión.

No obstante que los indíjenas en jeneral, de-

jan el pesado trabajo del cultivo de sus campos a las mujeres, hai algunas reducciones como la del cacique Paguilef de Pucong, donde se entregan a tan útiles labores, regando por medio de acequias sus cercos, empleando para ello el mismo sistema de nuestros campesinos: los habitantes de Villa Rica i los valles mas cercanos como el de Pucong, son mas civilizados, a pesar de haber estado mas apartados de toda corriente comercial; usan trajes a la española i muchos hablan i entienden el idioma castellano, este adelanto relativo, lo deben sin duda a su frecuente roce con los arjentinos, cuyas ciudades, como Buenos Aires, hai muchos que conocen, a donde han ido como correos, en diferentes épocas, con motivo de que los caciques chilenos Reuque, Namuncura, Reumay i otros, han residido largos años en las pampas, sosteniendo con ellos provechosos tratos, recibiendo el producto de los maloqueos, ya en venta, ya para ocultar el botin, o merodeando por cuenta propia.

Los hijos de Arauco son como los pinta el inmortal Ercilla en la rotunda i admirable estrofa de uno de sus amenos cantos:

"Son de jestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos i crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados.

Recios miembros, de nervios bien formados
Ajiles, desenvueltos, alentados.
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, i sufridores
De frios mortales, hambres i calores."

De tez cobriza i ojos chispeantes de malicia i desconfianza, i de una asombrosa ajilidad, tienen mucho del hijo del desierto, aún en la manera de cabalgar, con tanta majestad como soltura, no sirviéndose jamás de las lujosas estriberas, en forma de campanas, para descender, haciéndolo como los árabes, de un salto; rarísimas veces se les vé al paso de sus recias cabalgaduras, aunque los caminos estén intransitables ellos cruzan los estrechísimos senderos en medio de tupidos bosques a gran galope, evitando con destreza los tropiezos que a cada paso ofrecen los ganchos de los corpulentos árboles; talvez a esta manera de correr por entre las zarzas, se debe el que entre los indíjenas se encuentren muchos tuertos, hai familias, como la de Aburto Aquiñanancu, en la que hemos visto tres o mas hermanos con algún ojo perdido. Preguntando la causa, se nos dijo que a sus descuidos debian la pérdida de tan importante órgano, pues al atravesar las selvas no habian sabido evitar las puntas de las quilas.

Los tuertos son mirados con sumo desprecio, quizás viendo en tal desgracia, falta de tino i habilidad para cabalgar impunemente aún a traves de sendas llenas de estorbos. Cuando con el calor del sol, que es sofocante, se sienten fatigados, i notan que los brios de sus caballos decaen, se lanzan a los rios o a las lagunas, galopando como en una sólida llanura, i cuando el agua les vá llegando a la cintura, se vuelven a la orilla, al mismo paso, no sin haber antes sumerjido repetidas veces la abundante cabellera en el cristal de las aguas, teniendo cuidado ántes, de quitarse el rojo trarilonco: con esta operación jinete i cabalgadura quedan frescos i en condiciones de soportar las fatigas del sol i del cansancio.

Los araucanos no conservan tradición alguna, de los grandes hechos de sus mayores, sólo en una ocasión oimos recordar con gran entusiasmo, a Epulef aunque de una manera vaga, a Colocolo, Caupolicán i Lautaro.

Lo único que se conserva intacto, con toda la fuerza de los primeros dias, es el odio a los huincas, hombres, mujeres i niños, sienten el más profundo desprecio por los españoles; como si el largo transcurso de los siglos en vez de apagarlo fuera reanimándolo cada dia más.

Entre las diferentes fiestas que para su sola-

zamiento tienen los indios, la principal es la del juego de la chueca.

Colocados dos grupos de fornidos mocetones llevando recojido a la cintura el chanal, uno en frente del otro i munidos de palos de medio metro de largo, uno de cuyos extremos es torcido formando una lijera vuelta, dan de palos a una bola de madera, que colocan en el centro de los combatientes, en un hoyo, de donde tratan de sacarla a fuerza de recios i bien calculados golpes, hasta hacerla llegar al lado que ocupaban las cuadrillas al empezar el juego; en donde han hecho de antemano una larga raya. Cuando la bola ha recibido un gran impulso i la banda contraria ve que vá a llegar al límite señalado, corren con suma lijereza para detenerla o hacerla volver con nuevos i bien dirijidos golpes, miéntras los contrarios tratan de acelerar su llegada; si la bola alcanza a quedar dentro de la raya, la partida ha terminado, i empiezan nuevamente, siendo los vencedores, los de aquella cuadrilla que mayor número de veces ha logrado hacer pasar la bola a su respectiva banda.

Estos provechosos juegos suelen durar toda una tarde, i a veces algunos dias, cuando los jugadores son diestros i fuertes; se cruzan numerosas apuestas, consistiendo en caballos, prendas

de plata i toda clase de objetos, lo cual se deposita en poder de dos o tres caciques, o indios mas ancianos, quienes sirven de árbitros para dirimir sin dilación alguna, las cuestiones que a menudo suelen sucitarse entre los combatientes i los curiosos que igualmente hacen apuestas, sobre todo cuando los actores en la lucha son de distintas reducciones

Además de adiestrarse i robustecer sus fuertes miembros con tan ajitadísima diversión, les sirve para reunirse i deliberar sobre lo que pasa en la tierra. I como se reunen de todas partes i acuden los más reputados caciques, aprovechan la reunión, convirtiéndola en un parlamento, en el cual se decide siempre algún alzamiento.

Cuando los juegos de la chueca tienen lugar, con seguridad puede esperarse una próxima revuelta de los mapuches.

Esta manera astuta i disimulada de juntarse, ha relegado la antigua usanza de los parlamentos, donde el principal cacique asistia, llevando una hacha de piedra, i rodeado de los demás jefes, clavando en medio, una lanza, mataban una oveja, repartiéndose entre ellos el corazón i les hacia beber la humeante sangre, diciéndoles que se hartasen con ella. miéntras llegaba la del enemigo; en seguida, aspirando el humo

del tabaco, lo arrojaban instantes después, zahumando las armas i haciendo ruidosas evocaciones al Pillán, batian la tierra con los piés, haciéndola retemblar, en tanto que otros, arrastrando las lanzas, daban grandes vueltas, gritando: *tiemble la tierra de vosotros, leones esforzados, valientes i rampantes aves.*

Los que habian recibido algún pedazo del corazón de la oveja sacrificada, o bebido de su sangre, se encontraban seriamente comprometidos para la guerra, no pudiendo por ningún motivo evadir el compromiso.

Concluian el parlamento, con estupendas libaciones de Pulca.

La chicha de manzana, la única que conocen, no obstante que en diversos puntos se vén algunas matas de parras, la fabrican valiéndose de una canoa, hecha del tronco de un roble o canelo; abierta en sus extremos, la colocan un tanto inclinada i lleno su fondo de manzanas, empiezan a darles de palos, haciendo de esta imperfecta manera, exprimir al sabroso fruto todo su jugo, guardándola en seguida en grandes ollas de barro i en cueros, poco tiempo después, tan fresca bebida, está en apetitosas condiciones para ser usada.

Otro de los juegos en el cual toman parte los más jóvenes, es el de la Pilma, pelota, i que se de-

nomina pilmatún; este ejercicio es con el exclusivo objeto de divertirse i dar a los miembros la elasticidad i vigor convenientes, i prepararlos para el rudo ejercicio de la lanza i de la honda.

Jeneralmente se juega entre ocho muchachos, los cuales casi desnudos, sueltas las abundantes i rebeldes cabelleras, se colocan dentro del radio formado por un círculo tan estrecho, que apénas pueden brincar dentro de él.

Divídense en dos partidas, uno de los jugadores toma una pelota, formada de un pedazo de cuero, dentro del cual ponen yerbas frescas convenientemente atadas, i la arroja con fuerza sobre uno de los contrarios, el cual ejecutando grandes i difíciles saltos, i tomando las más bizarras posturas, trata de evitar el golpe; si lo recibe, queda fuera del juego. Pero si al recibirlo ha alcanzado a poner el pié en la raya del círculo, vuelve a empezar, considerándose nulo el golpe; sucédense los tiros de uno i otro bando, la pelota queda en poder del que la ha podido recojer, pudiendo los compañeros del atacado, escudarlo con sus cuerpos. Muchas veces se vé que cuando alguno cree ser tocado con la pelota, sus amigos tomándolo réciamente por la cintura lo han arrojado a la raya del círculo, evitándole la pérdida del jue-

go; para este ejercicio se necesita una fuerza grande i una ajilidad superior.

Terminada la partida, quedan los apuestos bárbaros, jadeantes, dibujándose las abultadas venas i sus miembros que tienen la flexibilidad del acero.

La pilma, tiene que evitarse con la palma de la mano; recibida en cualquiera otra parte del cuerpo, su golpe es contado, para averiguar después de quién ha sido la victoria. Como en la chueca hai sus jueces, quienes se mantienen severos, a caballo, para dominar a la muchedumbre que ávida se agolpa en contorno de los jugadores, i aplaude i rie ruidosamente, no solo con los golpes que se dán los contendores sino con las picantes frases que se dirijen, para enrostrarse mútuamente la falta de pericia o para alabar algún diestro golpe asestado.

Otra de las diversiones favoritas i la más tranquila i pacífica es el juego del 28, que es igual a la *ventiuna* que conocemos, con la sóla diferencia que la hacen subir hasta aquella cifra. Usan naipes de los nuestros, i los manejan con sorprendente habilidad, barajando con la destreza i elegancia del más avezado jugador, i al revés de lo que sucede entre los huincas, que cuando se juega reina el silencio más absoluto,

que bien pudieran contarse los latidos del corazón, los araucanos cantan miéntras juegan, llamando las cartas que necesitan, empleando para ello las frases más dulces i persuasivas, en tanto que el contrario les ordena que no aparezcan con rudo ademán i brusca entonación.

Cuando necesita una sota, empieza a cantar, el interesado: *quipale, qui pale, pichi-cornu, pichi cornu*—que salga, que salga, palomita, en tanto que el otro amenazante vocifera, *qui no pale, qui no pale*—que no salga, que no salga; i cuando desean un caballo, le dicen: "caballito corredor que te bebes el viento, cruza como el relámpago, para cojerme de tus flotantes crines i tenderme sobre tu lustroso lomo"; a lo cual el contrario responde, asegurando que el caballo no pasará, porque es "un manco destroncado, inútil i sin crines: porque se las han comido los perros i sin corbas porque se las han sacado para hacer *humeles*—botas."

Cruzados de piernas, de a dos parejas, permanecen largas i entretenidas horas dedicados con asombroso empeño, en ganarse las chauchas, que con marcada lentitud sacan de una pequeña faltriquera que de cuero usan, atada al ceñidor, i en la cual guardan, botones, agujas, hilo, colu—i cuanta zarandaja encuentran,

pués el araucano nada desperdicia, cuánto papel u objeto pequeño e insignificante deja caer el viajero, lo recoje i lo encierra en la faltriquera: con la seguridad de ser satisfecho, se le puede pedir a un indio una aguja o un botón; todo bien entendido en cambio de un cigarro, por lo que són locos; ellos usan como tabaco, yerbas secas, que quemadas exhalan un olor acre i sumamente fuerte, en pequeñas cachimbas de plata i madera, el recipiente en forma de un bacín i el canuto como el de las bombillas que se acostumbran para el mate.

Cuando se reunen algunos mapuches i álguien enciende su cachimba, dá solamente dos o tres chupadas, i en seguida la pasa al vecino, el cual repite la misma operación, hasta que el tabaco se ha concluido i todos han arrojado algunas bocanadas, dándose con cómica seriedad las gracias por la galantería.

Marcada predilección manifiestan los araucanos por la música, encontrándose algunos, que tendidos al sol pasan largas horas, entretenidos con unas trompetillas, hechas de cuerdas i que se colocan en los lábios, haciéndolas producir lastimeras i tristes armonías, con el aliento, dandoles al propio tiempo repetidos golpes con el índice, como entre los colejiales.

Las melodías de preferencia son aquellas en que imitan, el galope de los caballos, cuando se lanzan a los malones, los alaridos de los jinetes i las imprecaciones, como también las quejas de los heridos i el adios de los moribundos. Para esto ser sirven de una caña, en forma de flauta.

El *cutrún* i el *rali* son instrumentos más comunes, aprendiendo algunos a sonar la corneta, los cuales son mirados por los caciques como favoritos, rodeándolos de grandes comodidades i consideraciones, dedicándolos solamente al oficio de heraldo, proveyendo a su subsistencia, i cuando asisten a algún parlamento o ván a visitar a las autoridades, los presentan, con alguna prenda de uniforme, ya sea arjentino o chileno.

Los caciques en jeneral usan para esas ceremonias, trajes de oficial, pagando crecidas sumas por ellos, lo mismo que por las espadas i galones.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPITULO XI.

Las mujeres araucanas.—Su manera de vestir, costumbres i trabajos.—Las fiesta de los Niguines.—Los tejidos i sus precios fabulosos.—Sus hábitos guerreros.

Las arrogantes hijas de las alegres i boscosas campiñas de la Araucania, son ordinariamente de una estatura mediana, aunque de recias formas; el tipo en jeneral nada ofrece de notable, pero hai un buen número de simpáticas i hasta hermosas mujeres, de tez color de bronce, ojos lánguidos, i de preciosos dientes, con una elegancia natural en el andar, dominadas por una timidez pudorosa, que las hace interesantes.

Siempre engalanadas con caprichosas i ricas joyas de plata, que para ellas todos los dias son iguales; aseadas en extremo, ordinariamente se bañan, arrojandose cual diestros nadadores, a la impetuosa corriente de los caudalosos rios.

Encuéntranse algunas indias rubias, como las espigas de sus sembrados, i de ojos azules de la mas pura transparencia: otras hai morenas de

ojos verdes, pero un verde claro i suave como el color de sus poéticas selvas.

Su manera de vestir, es sencilla i lijera, como para dar amplia libertad a los músculos en las luchas del trabajo.

Sus vestidos son casi siempre de los más vistosos i abigarrados colores, de paño o franela lacre usan *Pirquenes*, retazos de jénero, con los cuales se envuelven i que denominan también, *quipan*, i de otro color azul jeneralmente, forman una especie de manta, que llaman *quilla*, i con la cual se cubren el seno, descendiendo hasta la cintura, donde a ámbas prendas ciñe el *trarihuai*, que es de lana bordado con grotescas figuras o flores.

En la cabeza, poquísimas usan el trarilonco, luciendo siempre, las más, largas huinchas, *quellantú* de lana, claveteadas con plata i que son de un valor nada común.

Jamás usan botas, i solo para atravesar las nevadas i ásperas cordilleras, hemos visto con ellas, a las mujeres de los perseguidos por las divisiones arjentinas, en la batida que de ámbos lados hicieron en el verano último.

El cabello de las indias nada ofrece de raro, ni es abundante ni brilloso; es costumbre que las solteras se recorten un poco las cabelleras; i ha habido vez, en que lo han hecho militarmen-

te, para evitar que sus padres las obligasen a contraer matrimonio con jentes que no eran de su agrado i elección: parece que la señal para que puedan empezar a fundar una familia, es el largo del pelo.

Las indias llevan el peso del trabajo en las rucas i fuera de ellas; siembran i cosechan, van al monte en busca de leña i a los manantiales por agua, sitios donde el amor las asecha i rinde casi siempre.

Asi, al cruzar los bosques, se las encuentra serenas, entonando alguna triste melodía; el hacha en alto, al pié de majestuoso i elevado pellin, que después de algunos instantes, cede con gran estrépito, desgajando las ramas que encuentra a su paso, i llenando la atmosfera de una nube de hojas; la india apoyada en su arma de trabajo, evita diestramente el golpe, sin demostrar la menor emoción por el peligro; habituadas a desafiarlo desde que ven la primera luz del dia.

Trozada convenientemente la leña, la llevan a sus rucas, en cuya operación son ayudadas por los niños, como también en los quehaceres consiguientes a la preparación de los alimentos, en lo cual son mui diestras i aseadas.

Las indias tienen un horror instintivo por las largas i espesas barbas; habiendo cierta vez, da-

do algunas, como disculpa de sus antipatías por los *huincas*, el defecto gravísimo de tener poblada la cara de pelos ellas con unas conchas afiladas, se arrancan las cejas, dejándose como los hombres, una línea apénas perceptible.

El metal de voz es arjentino i dulce, al hablar son expresivas, llenas de languidez i de ternura; el idioma, rico en imájenes i poesía, i que en boca de los hombres es pesado i monótono, en las mujeres es de una armonía delicada, se escucha con el mayor agrado, pues tiene tanto de atrayente como de novedad. Siempre llevan nombres simbólicos i románticos: he aquí algunos cojidos al azar de nuestro diario de campaña.

Calvú-rayún—Flor azul,
Cheuquelen—Avestruz del monte.
Ale-quillen—Luz de la luna.
Milla-rayún—Flor de oro.
Allipagi—Querida del leon.
Pulqui-ayuntun—Flecha de amor.
Lipu-huaguelen—Espejo de las estrellas.
Comalhue-mahuida—Fleco de la montaña.
Ayuntun-mollquechiguelu—Amor eterno.
Palluma-lighen—Paloma blanca.
Pirupiru-ñapud—Copo de nieve.
Pun-ayuntun—Noche de amor.
Chodtan-rayun—Pálida flor.

Curalje—Niña de los ojos.
Ñapud—Nieves.
Dañe-ayuntun—Nido de amor.
Lelvun-rayún—Prado de flores.
Colu-vilu—Sierpe roja.
Hudmai—Amaneció.
Javulun-ayuntun—Esperanza de amor.
Hun—Aurora.
Antu-milla—Sol de oro.
Quentú—Lo buscó.
Ñantué—Se perdió.
Eucura—Se arde la piedra.
Quinte-rayun—Miró la flor.
Pichun-lighen—Pluma blanca.

Tanto los nombres de las mujeres, como el de los hombres, se componen de dos palabras i su significado es alusivo.

Las indias son amantes i sumisas en el hogar, jamás elevan una queja por golpes i mal trato de sus cónyujes, disculpando sus bestialidades con el abuso del licor, que como es casi siempre de una calidad infernal, les produce los terribles vértigos de la locura.

A propósito del aguardiente, refiérese que al pasar uno de los ministros por uno de los pueblos de la frontera, un comerciante que fabricaba aguardiente, le insinuó que a ellos se debia en mucha parte, la pacificación de la

Araucania, i como el ministro mostrara tanta sorpresa como duda, agregó, la cosa es fácil de probar, un 20 por ciento de los indíjenas sucumben víctimas del aguardiente que se les expende, por consiguiente ejecutando una sencilla operación aritmética tendriamos la prueba de mi aserto!!

I como los indios sólo beben lo que puede producirles la más soberana i gran borrachera, no dudamos un momento de la eficacia de la destilación, que se les vende, i en grandes cantidades, desde que son buenos consumidores!

La única fiesta en que toman parte las mujeres es en la de los Niguines que se hacen para cosechar el trigo.

Cortan las espigas cerca de la cabeza, i forman un pequeño montón con ellas, alrededor del cual, las indias tomadas de la mano o del brazo de los mocetones, de dos en dos, empiezan a ejecutar una alegre i animada danza, acompañándola de ruidosas entonaciones, i haciendo con los piés curiosísimas piruetas, refregando al mismo tiempo con ellos, las espigas.

Las araucanas son en este ejercicio mui diestras i sus airosos talles se mueven con la misma gracia i abandono de las espigas en sus cercos, cuando las columpia el viento.

Cada cierto número de vueltas remueven lo

pisado, haciendo nuevas *sacas* como entre nuestros campesinos cuando trillan con yeguas sus sementeras; así en pocas horas han podido liquidar el montón de rubias espigas, i empiezan nuevamente otro, concluyendo en medio de la alegría de la fiesta i de sus consiguientes libaciones, sus tareas agrícolas de recolección.

A los Niguines son invitadas las niñas más jóvenes i los mocetones en estado de contraer exponsales: los indios aseguraban que desde cada fiesta de estas, salian muchos matrimonios, i por esa razón preferian hacer sus cosechas por medio de los niguines—algunos cosechan con dos o tres caballos, como a la usanza de nuestros campesinos; pero éstos, lo hacen asi, por no tener los medios con que satisfacer los gastos de la fiesta, a la cual acuden siempre numerosos invitados.

Las indias ocupan una buena parte del dia en el trabajo de los telares, i tejen curiosos *ponthros*—frazadas, i hermosas mantas, con elegantes combinaciones de colores, colocando flores i otros dibujos de relieve, especialmente cruces blancas en campo negro, no solo en las listas de las mantas, sinó que las tejen a veces, todas con cruces en el campo.

Estos tejidos son de gran valor, pidiendo por un poncho dos vacas, un buei o algún rico

caballo: cada mujer teje solamente para el cónyuje i es una de las condiciones necesarias para encontrar marido, el saber hilar i tejer con perfección; para ellas i sus hijos tejen quipanes, quillas i trarihuaies.

Las araucanas no obstante su aparente índole tranquila i romántica, son tan guerreras como los hombres i se ha visto, como refiere el padre Rosales, a algunas acaudillar numerosas huestes, como una india que se presentó a dirijir un ataque contra el fuerte de la Imperial.

Cabalgan con gran destreza, i conforme a la costumbre de la *tierra*, rarísima vez marchan al lento paso de sus caballos.

Usan como montura, una série de pellones, i atan al rededor del cuello del animal, una faja en la cual colocan un pié i saltan con lijereza, quedando sentadas, recojidas las rodillas en cómoda postura, valiéndose de la misma faja para descender; cargan a sus chicuelos a la espalda, metidos en unos cajones pequeños, sólidamente fajados para evitarles una caida, no preocupándose de ellos con la seguridad que nada puede sucederles.

Por lo demás los hijos no les demandan grandes atenciones ni cuidados, pués desde que empiezan a gatear, los dejan en completa liber-

tad de acción, comen lo que se les ocurre i no gastan otro traje que el mui económico de Adan,— sólo cuando tienen ocho o más años les ponen chamal i macun.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

CAPÍTULO XII

El idioma chileno, su pronunciación i ortografía.—Del acento, i la declinación de los nombres i los pronombres.—Conjugación de los verbos.—De las transiciones i la construcción.—De los adverbios, proposiciones, conjugaciones, interjecciones i partículas de adorno.

Valiéndonos de las reglas apuntadas por el reverendo padre Febres, daremos una lijera idea del armonioso i dulce lenguaje chileno, al cual poquísimos se han dedicado, entre los que habitan la frontera, no obstante que en aquellos pueblos, se encuentran muchas mujeres de nuestro bajo pueblo, quienes sirven de lenguaraces con singular maestría.

Las letras que componen su alfabeto son *a, c, d, e, g, h, i, y, j, l, ll, m, n, ñ, o, p, q, r, t, v, u.*

Una de las letras particulares como la *ü*, que se señala con una dieresis para distinguirla de la *u* común i que se pronuncia con los lábios abiertos i sin moverlos: es la *th*, como si estuviera precedida de una *r*.

Los mapuches pronuncian muchas palabras de distinta manera a la que enseña Febres, por

ejemplo *Pag*, leon- dicen *pan*, talvez porque para pronunciarla de aquel modo se hace con un sonido gutural como el de la *n* etc.

Las letras *b* i *f* del idioma castellano se sostituyen por la *v*, asi vilu, que se pronuncia cual si la *v* fuera *f* como en el alemán.

Comunmente acortan las palabras, así en vez de leuvu-*rio* dicen *leo*, también cambian la *d* en *h* como chasi-por chadi, *sal*.

Enseña Febres que en el idioma chileno como en el griego hai tres números, singular, dual i plural.

I expresa, que la declinación de los nombres se efectua por partículas agregadas al nominativo, de la siguiente manera que extractamos íntegramente para la mejor comprehensión del lector.

SINGULAR.	DUAL.
Nom. Chao-el padre.	*Nom.* Chao egu-los dos padres.
Jen. Chao ñi, del padre.	*Jen.* Chao egu ñi-de los dos padres.
Dat. Chao o chao meu -para el padre.	*Dat.* Chao egu-o chao egu meu-para los dos padres.
Acus. Chao o chao meu -al padre.	*Voc.* Achao egu-o los dos padres.
Voc. Achao, o padre.	
Ab. Chao mo-en-por-de-con el padre.	*Ab.* Chao egu mo, en por-de, con los dos padres.

PLURAL

Nom.—Pu-chao, los padres.

Jen.—Pu-chao ñi, de los padres.

Dat.—Pu-chao o puchao meu, para los padres.

Acu.—Pu chao o pu chao meu, a los padres.

Voc.—A pu chao, o los padres.

Abl.—Pu chao mo, en, por, de, con los padres.

Para la acentuación de las palabras, recomienda el ilustrado misionero, que si la palabra es de muchas sílabas i termina en vocal, se acentúe la penúltima. I si acaba en consonante, en la última.

Sin embargo, se esceptúa de la primera parte de la regla, la tercera persona singular del presente indicativo de los verbos terminados en consonante, como de *eln, eli—aquel jime*, i de los verbos terminados en in, v. g., mürin o murig—*aquel se ahoga.*

De la segunda parte de la regla se escepcionan las primeras personas del plural en todos los tiempos i modos, como eluiñ—*nosotros.*

Algunos nombres que terminan en consonante i que tienen ántes, una *ü*, como nemül, palabra, no se acentúan.

Cuando los mapuches declaman en los parlamentos, convierten en frases todas las palabras, sobre todo en las que hacen alguna pausa.

Los pronombres primitivos son: inche—*yo*, eymi—*tu*, teye—*aquel*, tva—*este*, tvey—*ese* i se declinan como chao, exceptuándose *inche* i eymi que en el dual i plural varían de terminación, lo mismo en la partícula del jenitivo.

INCHE—*YO.*

SINGULAR

Nom.—Inche, yo.
Jen.—Inche-ñi, de mi.
Dat.—Inche neu, para mi.
Acus.—Inche meu, a mi.
Abl.—Inche-mo, en, por, de mi.

DUAL.

Nom.—Inchiu, nosotros dos.
Jen.—Inchiu-yu, de nosotros dos.
Dat.—Inchiu o inchiu meu, para nosotros dos.
Acus.—Inchiu o inchiu meu, a nosotros dos.
Abl.—Inchiu-mo, en, de, por nosotros dos.

PLURAL

Nom.—Inchiñ, nosotros muchos.
Jen.—Inchiñ iñ, de nosotros muchos.
Dat.—Inchiñ o inchiñ meu, para nosotros muchos.
Acus.—Inchiñ o inchiñ meu, a nosotros muchos.
Abl.—Inchiñ mo, en, de, por nosotros.

EYMI—*TU.*

SINGULAR

Nom.—Eymi, tú.
Jen.—Eymi mi, de mí.
Dat.—Eymi meu, para tí.
Acus.—Eymimeu, a tí.
Abl.—Eymi mo-en-de-por tí.

DUAL

Nom.—Eymu-vosotros dos.
Jen.—Eymu-mu, de vosotros dos.
Dat.—Eymu-meu, para vosotros dos.
Acus.—Eymu meu, a vosotros dos.
Voc.—Eymu, o vosotros dos.
Abl.—Eymu mo-en de, por vosotros dos.

PLURAL

Non.—Eymn, vosotros muchos.
Jen.—Eymnmn, de vosotros muchos.
Dat.—Eymn o eymn meu, para vosotros muchos.
Acus.—Eymn o eymn meu, a vosotros muchos.
Voc.—A eymn, o vosotros muchos.
Abl.—Eymn mo, en, de, por vosotros muchos.

TEYE O TIE—*AQUEL*

SINGULAR

Non.—Teye, aquel.
Jen.—Teye ñi, de aquel.
Dat.—Teye meu, para aquel.
Acus.—Teye meu, a aquel.
Abl.—Teye mo- en, de, por aquel.

DUAL

Non.—Teye egu, aquellos dos.
Jen.—Teye egu ñi, de aquellos dos.
Dat.—Teye meu, para aquellos dos.
Acus.—Teye meu, a aquellos dos.
Abl.—Teye egu mo-en, de, por, de aquellos.

PLURAL

Non.—Teye egn, aquellos muchos.

Jen.—Teye egn ñi, de aquellos muchos.

Dat.—Teye egn-o teye egn meu, para aquellos muchos.

Acus.—Teye egn-o teye egn meu, a aquellos.

Abl.—Teye egn mo, en, de, por aquellos muchos.

Los demás pronombres de tercera persona, declínanse como teye; los cuales se juntan con un sustantivo añadiendo la partícula chi, como teye chi. Tvachi, i se anteponen al sustantivo, i sino se les añade la partícula, se posponen; *tvachi patiru o patiru tva*, este padre, las partículas de dual i plural, egu-egn o ica-se posponen al sustantivo, i se le antepone *pu*, como si no estuviera en el pronombre v. g., *treychi pu ghúlmen*, esos caciques.

En el capítnlo V de su curiosa gramática, Febres asienta, que los verbos terminan en *an, en, in, on, un, ün*, i se manejan por medio de una sóla conjugación, con tres números, singular, dual i prural, i tres voces, activa, pasiva e impersonal.

La pasiva se forma del verbo sustantivo *gen*, que ejerce las funciones de *ser*, poniéndolo entre la raiz i la *n* final, i se conjuga como la ac-

tiva, elun — *doi*, eluyen — *soi dado*; la impersonal se forma añadiendo la partícula *am* a la raiz, v. g. dugun—*hablar*, duguam—*se habla*, duguvuam—*hablaban*.

La primera persona del presente indicativo termina invariablemente en *n*, sustituyéndola por ciertas partículas, se forman los modos, tiempos i personas, quedando fija la raiz del verbo.

Los tiempos del indicativo se forman de la última *n* del presente, i los del subjuntivo de igual modo, trocando la *n* en *li*.

El imperativo fórmase del indicativo i del subjuntivo.

En el infinitivo se usan las mismas partículas de las del indicativo, anteponiendo el posesivo del pronombre al tiempo del verbo.

Los tiempos de indicativo enjendran participios i jerundios en activa i pasiva; i las terminaciones del presente de cada modo, sirven para los demás tiempos de igual manera, los cuales se distingnen entre sí por ciertas partículas características, que son el copretérito i el ante-copretérito *ru*, con el futuro i ante-futuro *a*, en el pospretérito i ante-pospretérito *axu*.

La manera de hacer negativos, los verbos, es interponiéndoles una de las tres partículas *la, qui, no; el la* sirve para el indicativo, *qui*

para el imperativo, i *no* para el subjuntivo e infinitivo, colocándolas ántes de las disinencias.

Llámase transición, la acción del verbo que pasa de una a otra persona, como: yo te doi, tú me dás, su conjugación se efectúa con las partículas *u, vi, e, mo.*

Hai diferentes transiciones; la primera recíproca de cada persona a sí misma o de muchas entre sí, como: yo me doi, tú te dás—*Eluun,* Eluymi.

La segunda es de primera, segunda i tercera persona a tercera, como yo, tú, él, etc.

La tercera se efectúa de primera persona a segunda, v. g.: yo te doi, yo os doi.

La cuarta es de segunda persona a primera: tú me dás, me dabas, nos dabais.

La quinta es de tercera i segunda persona, como, él, ellos te dan, os dan.

También hai transiciones duplicadas.

Hé aquí algunos lijeros extractos de las reglas para la construcción que servirán para mejor entendimiento del lector.

A veces la tercera persona del verbo se pone en singular. aunque el nombre sea dual o plural, v. g. aldiün, per cona cüpay, por cüpaygun, muchos mocetones vinieron.

Los nombres adjetivos se anteponen a los sustantivos un, cume che—*hombre bueno.*

Otros como *aureus*, se hacen anteponiendo el subjuntivo, como milla, *oro*, diciéndose milla, cura, piedra de oro, algunas veces suele decirse de otra manera, como lonco milla—cabellos de oro.

Igualmente los adjetivos, que en español rijen casos, se dicen en la lengua, anteponiendo el rejido, i añadiéndole *mo*, v. g., milla cuñival o milla mo—*pobre de oro*.

Los jenitivos siempre preceden al nombre que los rije, v. g., inche ñi chao, o tuchao inche—mi padre.

Muchas veces, aunque en castellano hai jenitivo o la partícula *de*, lo indíjenas no usan la propia *ñi*, sino que la posponen como, quiñelen charu pulcu,—dame un jarro de chicha, ovicha vemgey ta huisca huenu—*ovejas parecen los arreboles del cielo*.

En lo demás la colocación de las palabras no ofrece dificultad, pues es casi idéntica a la del castellano.

Los nombres abstractos como bondad, blancura, se hacen posponiendo *gen*, que es el verbo *sér*, a los adjetivos o sustantivos, v. g.. cúmegen lighgen.

La misma palabra *gen* antepuesta al sustantivo significa *dueño*.

Como gen ruca, *dueño de casa*, i pospuesta a

los verbos enteros. les hace significar ser digno de hacerse lo que el verbo dice, especialmente en los que significa alguna pāsión del ánimo v. g., gúmangey, *es cosa de llorarse*, ayengey veychi dugu, hai para reir.

Los relativos que, lo que, la que, están incluidos en los verbos: i se dice Inchiñ tauñ chao huenu meu ta maleyni, *Padre nuestro que estás en los cielos.*

También, se suplen con los pronombres vey, veychi, tva, como en ayuvge Dios, vei ta mu cumey, que suena, *ama a Dios, ese es mui bueno.*

Los interrogativos quis, quid, son los siguientes, *iney*, quién! *chem*, qué cosa! *chuchi*, cual! *chumgelu*, como! *chumul*, cuando! etc.

Los comparativos, se hacen con las partículas yod, doy, v. g. pu patiru jud cúmey pu huincamo, los padres son mejores que los españoles.

Los superlativos fórmanse en aldü o aldün, cad o mu aedü cutümey o mu cümey, es mui bueno, cad antüigey, hace muchísimo calor, mu lihuen, muy de mañana.

Finalmente los diminutivos se hacen, anteponiendo *pichi* como pichi thehua, perrito etc.

Los adverbios son vários: como may, emay, si, nütu, sin falta; los interrogativos i que sirven para responder: son vey no cam? vey no cam ve? vey no camchi? no es así? veyellelu, asi es; vey

cam ve, es posible? gelay, no tal, los temporales son: ado, chay, thai, ahora, vacgi anüi, *hoi*, uya, *ayer*, epuhuemo, *anteayer*, cuülehue mo, *tres dias há*? lihuen, *por la mañana*, cülahue mañana.

Los cualitativos se forman posponiendo quechi, o gechi: a los adjetivos o a los verbos cümequechi, *buenamente*, de buenas *a buenas* manchaquechi, ñochiquechi, *despacio* poco a poco, tepengechi—alegremente, i si se le interpone *mo*, lo hace negativo, thü-yüngenochi, *sin alegria*.

En las preposiciones, se anteponen unos, que son: llecu, imi, *cerca*, aldüpu, *lejos*, huenu, *arriba*, nagh, *abajo*, huente, *encima*, minche *debajo*.

Otras se posponen, v. g., egus *con*, cütu desde, ñi vla, *por causa*, ñiad mo, *adelante*-el no niega i equivale a excepto, ménos, vy, vill iqueymnynio, inche no, inche müten, *todos comeis, sino yó:* meu o mo, equivale a muchas: v. g., cum, in, propter, ex inter, de, ad.

En las conjunciones son copalativas, cay-y-tambien: egu: egu-con, cacha, *pues:* las disjuntivas chey, cam i todas ellas se posponen.

Las condicionales se dicen que el subjuntivo, vg., Dios pile-si Dios quiere, i otras partículas echan la oracional subjuntivo: v.g. mal-afé *que si*; muña *luego que*, rume, *aunqué* etc.

En las interjecciones se notan las siguientes:

ai! para llamar; apuen-ola hombre, a, a, a, de gozo; alülüy de dolor por picazón, athü, aithüthüy, de dolor i frio, ay? a! que? modo de responder; cuando no oyeron bien: ea, de animar; em oyem, de amor, suavidad, huaca em-que de baca! ema, de gran afecto, Dios ema! oh Dios! eu em de lástima i dolor: hue! como de admiración; huy de rabia i enojo; thuthüy, de asco i vilipendio, etc.

Las partículas de adición son: va, cacha, chi, ga, gatu, maga, pichiga, pichita, tva, ta, tva, vey, vey ta etc. que no significan nada, son usadas como adornos, pero con comparsimonia,

Las más comuues son: ta i ga; principalmente ante las notas del jenitivo, tañi, tami, gami, gamn etc; para su uso aconseja el ilustrado misionero el fijar bien la atención en el modo que de hablar tienen los araucanos.

La aritmética de los mapuches se reduce a contar hasta diez, para saltar a ciento i mil, en la siguiente forma:

1 Quiñe
2 Epu
3 Cüla
4 Meli
5 Quechu
6 Cayu

7	Règle
8	Purra
9	Ailla
10	Mari
100	Pataca
1000	Huaranca

Terminamos estos levísimos extractos de la armoniosa lengua chilena, mui a nuestro pesar, i sólo cediendo a la consideración de haber contraido de antemano, voluntario compromiso con el señor Bianchi, para cooperar a la confección de un vocabulario indíjena, empleando en él, la ortografía que los mapuches, *jentes de la tierra*, usan al hablar, la cual es del todo distinta, a la que enseña el reverendo padre Febres.

BIBLIOTECA NACIONAL

LISTA NOMINAL

DE LOS SEÑORES JEFES I OFICIALES QUE HAN HECHO LA CAMPAÑA DE PACIFICACION DE LA ARAUCANIA.

CUARTEL JENERAL.

Comandante en Jefe.

Coronel don Gregorio Urrutia.

Ayudante jeneral del Estado Mayor.

Teniente Coronel, don Manuel M. Ruminot.

Ayudantes.

Sarjento mayor don Manuel Romero H.
Capitanes don José Santos Lavin.
" " Manuel Larrain.
Tenientes don Jacinto Muñoz.
" " Roberto Urizar C.
" " Juan Alberto Aree V.
" " Luis Sarratea.

Ayudantes de Campo.

Sarjento mayor don Felipe Urizar Garfias.

Tenientes don Ismael Guzman.
" " Enrique Muñoz Godoi.
Cirujano mayor don Juan Kidd.

BATALLON CAUPOLICAN
9.° DE LINEA.

Coronel Graduado.

Comandante don José María del Canto

Sarjentos Mayores.

Don Roberto Concha.
" Daniel Leon Prado.

Capitanes Ayudantes.

Don Vicente Palacios B.
" Juan de Dios Prieto.

Subteniente-Abanderado.

Don Nicanor Briceño C.

Capitanes.

Don Manuel Ramon Escobar.
" Cárlos S. Lemus.
" José Antonio 2. Varas.
" Enrique Bernales.
" Roberto. A Goñi S.

Tenientes.

Don Manuel Astorga P.
" Cárlos Leon.
" Emilio 2.° Dueñas.
" Rómulo Sotomayor.
" Samuel Maldonado.
" Manuel Silva D.
" Ismael Sotomayor.
" Miguel Maldonado.
" Ramon Aguirre O.
" Francisco Antonio Montenegro,
" Rafael Correa Valdivieso.
" Ismael Perez F.

Subtenientes.

Don David Diaz Solar.
" Aníbal de la Cruz P.
" Víctor Manuel del Solar.
" Luis Mesa.
" Enrique Reyes.
" Elias Ruiz.
" José Rafael Robles.
" Erasmo del Solar.
" Pedro Nolasco 2.° Letelier.
" Demofilo Larenas.
" Ismael Arriarán.

Don Ramon Villarroel.
" Manuel Francisco Arias.
" Ramon G. Huidobro.
" Roberto Lopez Castro.
" Dario Gonzalez.
" Alejandro Martinez.

BATALLON ANGOL.

Coronel.

Don Alejandro Larenas.

Sorjento mayor.

Don Wenceslao Cuitiño.

Capitanes ayudantes.

Don Manuel Emilio Aris.
" Felix Antonio Carvacho.

Capitanes de Compañía.

Don Juan Grant.
" Alberto Larenas.
" Pedro Fileman Zapata.
" Elizaldo Guzman.

Abanderado.

Don Alejandro Santander.

Tenientes.

Don Santiago García.
" José Tomas Arriagada.
" Juan Eudomilio Godoi.
" Daniel 2º Sepúlveda.

Subtenientes.

Don José Antonio Morales.
" Francisco J. Peña.
" Amador Candia.
" Armando Terán.
" Luis Zilleruelo.

BATALLON BIO-BIO.

Teniente Coronel.

Don José Manuel Garzo.

Sarjento Mayor.

Don Gumecindo Soto.

Capitanes Ayudantes.

Don Temístocles Castro.

Don Próspero García.
" Juan Buena Ventura Yañez.

Capitanes de Compañia.

Don Telésforo Carrillo.
" Santiago Scott.
" Adrian Vargas.
" Francisco Bascuñan V.
" Rafael Ordoñez.
" Domingo Vicuña.

Tenientes.

Don Pedro León Oyarzún.
" Alejandro Ugarte.
" Márcos Riveros.
" Fidel Acuña.
" Eleodoro Ugarte.

Subtenientes.

Don José del Cármen Cáceres.
" Ibon S. Many.
" Olegario Parada.
" Alberto Muñoz T.
" Julio Videla.
" Sebastian G. 2º Quezada.
" Víctor Antonio Arce.

Don Ricardo Roas.
" José Luis Gonzalez.
" Manuel Aldunate N.
" Rodolfo Zorrilla.

BATALLON ÑUBLE.

Teniente Coronel.

Don M. Contreras Solar.

Sarjento Mayor.

Don Luis Enrique Gomez.

Capitanes ayudantes.

Don Carlos Dañin.
" Rafael Contreras.

Capitanes de Compañia.

Don Polidoro Saenz.
" Julian Hernandez.
" Filamir Lagos Soto.
" Antonio Elias Poblete.

Tenientes.

Don Pascual B. Perez.
" Santiago Lafuente.
" Rubens Bustos.

Subtenientes.

Don Miguel A. Casanueva.

Don José Mercedes Palma.
" Abelardo Acuña.
" José del P. Unejola.
" Moisés Hernandez.
" Ramon Lira.
" Pedro Valdebenito.
" Abraham Contreras.
" Enrique C. Reyes.

BATALLON ARAUCO.

Teniente Coronel.

Don Daniel Garcia Videla.

Sarjento Mayor.

Don José Faustino Monsalves.

Capitanes Ayudantes.

Don Santos Altamirano.
" Mardoqueo Fernandez

Capitanes de Compañía.

Don Juan Harriet.
" José Antonio Monsalves.
" Liborio A. Ruiz.

Tenientes.

Don Lizardo Oñate.
" Francisco de la Guarda.
" Felimon Orellana C.

Don José de la Luz Echeverria.

Subtenientes.

Don Pablo Carrasco.
" José Ramón Ossa.
" Juan de Dios Despott.
" Milcíades Lucar.
" José Miguel Huerta.
" Luis Urrutia M.
" Emilio Vivanco.
" Lincoln Garín.
" Abrahan Acuña.
" Benjamin Viscarra Donoso.

ESCUADRON CARABINEROS DE ANGOL.

Teniente Coronel.

Don Emilio Donoso.

Sarjento Mayor.

Don Bernardo Muñoz Vargas.

Capitan Ayudante.

Don Dario Espinosa.

Porta-Estandarte.

Subteniente Amador Marin.

Capitanes de Compañia.

Don Domingo A. Rodrignez J.

Tenientes.

Don Enrique Riveros M.
" Eladio Sepúlveda.

Alféreces.

Don Alberto Barros O.
" Nemecio Sanchez.
" Joel Caravantes.
" Samuel Vargas.

ARTILLERIA.

Teniente.

Don Fortunato Valencia.

Alferez.

Don Jorje Wahington Gibbs.

BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

Pájs

DEDICATORIA.....
UNA PALABRA..... I
INTRODUCCION..... 1
CAPITULO I.—Angol.—Sus primeros defensores, Población, Villa-Alegre.—Los huérfanos de los héroes.—Las líneas de fuertes.—Asaltos de los indios, astucias, ovejas i leones.—La expedición Urrutia, sus fuerzas.—Ambulancias.—El paso al través de las montañas.—Sistema de tratamiento adoptado por Urrutia, los lenguaraces, el Sobado.—Tranquilidad de la Araucanía i sus causas, las emboscadas, Perquenco.—Menchiqueo Melin.—La reducción de Quiñao Monti.—A orillas del Toltén..... 11
CAPITULO II.—El campamento; el llano de Putué.—La música i los araucanos.—El parlamento.—Discurso de Penchulef.—Aburto i Epulef.—La Canción Nacional.—Evoluciones de los indios.—Huilchao i Juan Collinao.—Los soldados del Angol.—El Tricuacu.—El volcán de Villarica.—Llegada de las tropas a las ruinas.—El estero de Rehuelhue.—Llegada de Epulef al campamento.—Su arenga heráldica.—Respuesta del coronel Urrutia.—Salvas..... 25
CAPITULO III.—Villarica, lo que es hoi la ciudad colonial.—Las antiguas minas.—Topografía.—La laguna.—Una vieja tradición.—El volcán.—El Toltén.—Las nuevas calles.—Los escombros.—Nihil sub sole novum.—La destrucción de Villarica.—Heroismos i peligros.—Una estrata-

Pája.

jema.—La situación de los defensores.—Horrores del hambre.—Lo que cuenta el padre Rosales.—Los últimos defensores.—Las mujeres españolas.—Muerte de Bastidas.—El último soldado de España..... 36

CAPITULO IV.—Trabajos de desmonte i escavaciones.—Construcción de un fuerte en Paillin.—Batida de los indios por tropas arjentinas.—El cacique Penchulef, su adhesión al Gobierno, su valor i linaje.—Los caciques se acojen al amparo del Gobierno; su impotencia para la lucha.—Rumores infundados sobre ataques a los fuertes..... 53

CAPITULO V.—La montaña.—Los soldados obreros.—La plaza, cuartel i fuerte.—El tráfico de los indios.—Los sitios.—La colonia alemana.—El canelo, símbolo de paz.—Las embarcaciones i excursión a la isla.—El Llaima i el Villarica.—Las almas de los caciques i las de los mocetones.—Extensión de la isla i su formación.—Exploraciones mineras.—Ali-Quillen i su historia.—Sus apariciones i lamentos:—El crímen de Reinaculen —El cabo Figueroa de Carabineros de Angol.—Alarma de los indios.—Mensaje del coronel Urrutia.—Expedición del mayor Monsalves.—El corazón del correo Bernabé.—Los rehenes en Lautaro.—Epuleo i sus exacciones, su cinismo i captura..... 61

CAPITULO VI.—La expedición Drouilly.—Nactri, Lincura i Llaima.—La navegación del Toltén.—Posición de Villarica.—El jeneral Villegas i sus ofertas a los indíjenas.—Mensajes de los caciques.—Paillalef, Painevilu, Huilchao.—Su Anchi Malghen —La Poligamia, Colipí, Coñupán, Marileubu i Cariñanque.—El Gapitucar i el Maficar, sus trámites i ceremonias.—Disposición de las rucas.—Los hijos de los caciques i facilidades para casarse.—Los lonco-dumo.—Las indias, sus pasiones i sus suicidios..... 77

CAPITULO VII.—La comisión hidrográfica, visita a Epulef.—El calcú-pullad, su enfermedad i cau-

Páje.

sas.—Los machitunes.—El ralí i las hojas delcanelo.—Modo de curar a los adultos i a los párvulos.—El alhue, los espíritus buenos.—La fiesta de la convalescencia.—Importante papel de la Machi.—Modo de colocar los cadáveres, i sus cajones, manera de ejecutar los entierros.—Escavaciones en el fuerte de Temuco i su resultado.—Rol del aguardiente en las fiestas.—Las manifestaciones del dolor..... 91

CAPITULO VIII.—Excursión al volcán de Villarica.—El camino de Pucong-Paillin.—Mallohue-Labquen i Challinca.—La ruca de Marcial Avilés.—El llano de Rucahue.—Un cementerio.—Las montañas de Achaco i Tiltil.—La quebrada de la escoria.—El campamento.—La laguna de Villarica.—Quechuregue i Caburhua.—El Llaima i el Lonquimai.—Los rios de escoria i lava.—La primera sábana de nieve.—Las grutas de hielo.—Los ventisqueros.—Trabajos de la comisión hidrográfiica 101

CAPITULO IX.—Los nuevos fuertes.—Apertura de caminos.—La ribera del Allipén.—El cacique Maile, Painemilla i Antihuil.—Los montes de Puilen-quilen.—El Estero de Chosico i las selvas de Viluco.—Huenu.—La caza del venado.—Thrupulen, fortaleza en la montaña.—El cacique Cotar i Estéban Romero.—El valle de Cumco.—Visitas de los caciques.—Namuncura Renmay i Tralcala.—El colú i su uso entre los hombres.—El nuevo fuerte i el Llaima..... 113

CAPITULO X.—De la propiedad entre los araucanos.—Las fiestas.—La chueca i su significado guerrero.—Los jóvenes i el Pilmatún.—Los juegos del 28.—La música..... 125

CAPITULO XI. Las mujeres araucanas.—Su manera de vestir, costumbres i trabajos.—La fiesta de los Niguines.—Los tejidos i sus precios fabulosos.—Sus hábitos guerreros 146

CAPITULO XII.—El idioma chileno, su pronunciación i ortografía.—Del acento i la declinación de

los nombres i pronombres.—Conjugación de los verbos.—De las transiciones i de la construcción.—De los adverbios, proposiciones, conjugaciones, i partículas de adorno 156
LISTAS 171

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA [illegible]
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

FIN.